

# Tanshui

El camino de Tanshui

**Cuarto libro**

SOL MARIBOL

Libro de autoayuda y para compartir  
de los orígenes del antiguo arte del Tanshui

*Todos los derechos reservados*

# DEDICACIÓN

Dedico este libro a los Padres Monjes



Muni  
Silenzioso



Soma  
Lunatico



Mandit  
Luminoso



Arun  
Solare



Vinay  
Umile



Anshu  
Raggio di Luce



Sharma  
Grazia

## Introducción

Esta es la historia de Sonam, nacido mil años después de Cristo en una aldea situada a orillas del río que separa el valle del Indo de la tierra de nadie. Tierras áridas y desoladas atravesadas a menudo por invasores desconocidos en busca de fortuna y conquistas fáciles. Su paso, aunque breve y repentino, dejaba tras de sí destrucción y consternación. Los habitantes, sacudidos por estos repetidos asaltos, decidieron protegerse haciendo turnos de guardia en las colinas; al primer avistamiento hacían sonar el olifante para advertir a la gente que se escondiera en el bosque.

A veces transcurrían varios días desde la llegada de los saqueadores, por lo que construían cabañas perfectamente camufladas entre los árboles, que les daban cobijo, protección y la posibilidad de salvar la vida. El río debido a los numerosos rápidos no era navegable, pero con la llegada del invierno se congelaba y ocurría que pequeños grupos de aventureros intentaban cruzarlo.

Tras algunos de estos desafortunados sucesos, los habitantes decidieron por unanimidad abandonar sus hogares y trasladarse definitivamente al bosque. Esto resultó ser una elección difícil por un lado, pero

estratégica por otro, ya que las casas abandonadas a lo largo del río ya no atraían el interés de los invasores, que continuaron su camino.

Por desgracia, unos años antes, debido a una de estas intrusiones, Sonam perdió a su familia.

En aquel momento sólo tenía 15 años y nunca supo si sus padres habían sido secuestrados o asesinados.

Los primeros años tras su desaparición vivió en el limbo, dividido entre el dolor de su pérdida y la esperanza de poder volver a verlos.

A partir de entonces, la vida no fue fácil para él. Era joven y estaba solo, con la carga de una casa que reconstruir, un rebaño que cuidar y poco dinero que gastar.

## Capítulo 1

Mi nombre es Sonam, hijo de Yamir y Bimala.

Tras la muerte de mis padres, mi vida cambió radicalmente. Me convertí en el pastor de sus queridas ovejas, para mí no era solo un trabajo, sino un acto de afecto y devoción hacia ellos.

De buena gana me habría ido de allí, pero tener que hacer lo mismo que ellos a diario era como tenerlos cerca y dejarlos vivir dentro de mí.

Quizá por eso me quedé, para perpetuar diariamente su recuerdo mientras esperaba su regreso. Siendo pastor nunca lo consideré un deber ni un sacrificio, sino una distracción para mi mente y un alivio para mi alma, sobre todo cuando mis pensamientos, y a menudo lo hacían, volvían a aquellos terribles momentos.

El ominoso suceso ocurrió un día cualquiera, en una tranquila tarde de invierno. Cuando volvía a casa, me di cuenta de que la puerta estaba rota, colgando de una sola bisagra. Era como una bandera, que se movía de un lado a otro al ritmo de un chirrido espeluznante, mostrando por momentos lo que me esperaba. Mientras yo, presa de un miedo paralizante, permanecía inmóvil junto a la carretera. No sé cuánto tiempo permanecí allí

petrificado, esperando a que mi corazón volviera a latir y a que mi aliento regresara a mi caja torácica. Sólo más tarde me di cuenta de que permanecer inmóvil significaba que no quería enfrentarme a la cruda realidad. Cuando me recuperé, caminé lentamente hacia la puerta principal.

Una vez dentro, me di cuenta de lo que había pasado, el dolor fue tan grande que ese mismo día, además de perder a mi padre y a mi madre, también se había ido una gran parte de mí.

A partir de ese momento viví años muy duros, agravados por las habladurías de la gente, que dudaba de la veracidad de mi historia. No se había visto a nadie, no habían quedado rastros ni fuera ni dentro de la casa, no tenía testigos, porque estaba oscuro nadie vio lo que pasó, y yo, reducido a ese estado, declaré poco o nada sobre lo sucedido.

Yo estaba en estado de shock y, en consecuencia, me comportaba de forma extraña, quizá por ello empezaron a circular rumores y sospechas sobre mi posible implicación. A causa de estos rumores y murmuraciones, mi vida se convirtió en un infierno durante algunos años. El oscuro misterio que me rodeaba condicionó mis relaciones durante mucho tiempo, se convirtió en una parte tan importante de mi

existencia que incluso empecé a dudar de mí mismo. Con frecuencia me aislaba temiendo causar incomodidad a los demás, o actuar de forma inadecuada e inapropiada. Percibía el juicio y el desdén de la gente, que, creyendo todo lo que oía, me quitaba espontaneidad y naturalidad.

Me volví retraída y desconfiada y, para defenderme, evitaba puntualmente invitaciones, fiestas y celebraciones. Debería haber sido querida, consolada y protegida, y no culpada y repudiada por la sociedad. Acabé cediendo a la ira y la frustración, que, como enredaderas, crecieron lentamente en mí y con los años cubrieron todo atisbo de luz y esperanza de una vida normal.

Me encantaba estar sola y pasear al aire libre en compañía de mis ovejas y mis perros. En esos momentos reflexionaba sobre el sentido de la vida, fantaseaba sobre mi futuro. Acariciaba a mis dos perros, jugaba un poco con ellos y la melancolía desaparecía. Sólo ellos parecían comprender mi verdadero estado de ánimo. Me encantaba verlos correr hacia mí, saltar felices y mover el rabo. Se levantaban sobre sus patas traseras para lamerme la cara y yo los abrazaba, revolcándome con ellos en la hierba. Su afecto me devolvió la alegría y la fe en el mundo y en la vida.



Respondía a su cariño con el amor que me faltaba, sintiendo que aún era capaz de tener sentimientos y emociones reales.

Los rumores contra mí, año tras año, se desvanecían como la nieve que se derrite en primavera descubriendo poco a poco la montaña. Y yo también, como la montaña, tuve la oportunidad, una estación tras otra, de revelar mi verdadera personalidad. Fue un proceso lento y natural, pues tuve tiempo de crecer y transformarme de niño asustado en hombre.

Pronto cumpliría veinticinco años y nuestras costumbres daban por sentado que ya estaba casada, o al menos cerca de estarlo.

¿Podría haber sido ésta la razón por la que todos se habían vuelto más abiertos y amables conmigo?

Además, mi negocio iba bien, ahora tenía una casa nueva y decente, un huerto, tierras, y sin duda era digno de la consideración de una joven como marido, aunque esta carga recayera sobre los hombros de mi tía Amina. Era la hermana de mi madre y el único pariente vivo que tenía, junto con mis dos primos. Era una mujer amable, viuda cuando aún era joven, y trabajaba en una pequeña tienda que había heredado de su marido. Sus dos hijos, ambos casados, se habían trasladado al sur por motivos de trabajo. Rara vez venían a visitarla, pero ahora me

doy cuenta de que, si no hubiera sido por mí, podría haberse reunido con ellos.

Amina me había visto crecer y, tras la desgracia que me sobrevino, fue la única que permaneció realmente cerca de mí. Confiaba mucho en ella y en su criterio, por lo que le encomendé la importante tarea de encontrar una mujer que me acompañara. Para mi gran suerte, Amina era muy exigente, y ninguna chica la había conquistado todavía. Por ahora, había evitado ese ritual mortificante y tedioso, en el que la mujer, al formar parte de un acuerdo, asume el papel de moneda de cambio. Se la entregaba a su futuro marido junto con una dote y él estaba obligado a garantizar su manutención y un hogar decente donde vivir.

Unos encuentros supervisados y un breve noviazgo sellaron el compromiso contraído por ambas partes. Después, se casarían el día que el cura del pueblo considerara propicio, según sus respectivos horóscopos.

No estaba contenta con nuestras costumbres, porque el amor no contaba para nada en tales arreglos, mientras que mi único deseo era enamorarme y tener un sentimiento real, de esos que te hacen latir el corazón y te dan vueltas la cabeza.

Por fin me sentía preparada para acoger a otra persona

en mi vida, pero anhelaba enamorarme de ella. A lo largo de los años había embellecido mi casa, ampliado mi huerto, tenía gallinas para los huevos, cabras para la leche y el queso, y de mi rebaño de ovejas sacaba dinero y lana en abundancia. Podía haber dado a mi novia una vida tranquila y segura, pero si hubiéramos estado enamorados ella habría sido más feliz.

En los últimos tiempos me había vuelto más abierta a las relaciones, también participaba activamente en la vida del pueblo. Me encantaba teñir y tejer lana para crear mantas y alfombras de varios tamaños. Estudiaba los patrones y las combinaciones de colores y luego tejía los hilos con el telar que me había hecho el carpintero del pueblo. Creaba formas cuadradas que luego cosía para hacer mis artesanías. Una vez listas, se las entregaba a mi tía Amina y ella las vendía en su tienda junto con otras artesanías. Como mi casa estaba bastante lejos y en las colinas, a la gente le resultaba más cómodo acudir a ella, tanto para hacer pedidos como para recoger la mercancía. Aunque mi casa estaba aislada de las demás, era la que veía a más gente. Estaba justo en el camino al monasterio, exactamente en la bifurcación del camino que subía a la casa de los monjes por un lado y bajaba al pueblo por el otro. Esta posición me permitía ver a los peregrinos que venían a visitar el monasterio.

De vez en cuando me quedaba perezosamente junto a la ventana o, cuando hacía buen tiempo, sentado fuera, observando a una multitud bastante variada de personas que desfilaban lentamente por delante de mi casa. Por curiosidad, o tal vez por aburrimiento, me entretenía observando a los caminantes que, llegados a la encrucijada, se detenían para orientarse y descansar. A veces me sorprendía estudiándolos con gran interés y atención. Por sus rostros y su porte intentaba adivinar de dónde venían, la vida que llevaban, el trabajo que realizaban y las razones que les habían traído hasta aquí. Quizá eran conscientes de que el monasterio no era sólo un lugar de culto y recogimiento. Un templo donde podían hacer peticiones, rezar y marcharse como venían.

El monasterio era una puerta del cielo a la tierra, y los padres monjes eran los guardianes de esa puerta.

Su tarea era salvaguardar el Tanshui y preservarlo. Lo enseñaban a unos pocos elegidos y lo protegían para que no fuera robado, manipulado o perdido.

No podemos ni imaginar lo fácil que sería borrar la verdad, cambiar la historia o abstenerse de contarla, pero sin duda habría sido mucho más difícil borrar un código que cura el alma y que habría quedado como testimonio para sus devotos para siempre.

Con esta lógica, el Tanshui se transmitió junto con los paños y las prácticas. Tanshui era la madre de todas las lenguas, su poder inconmensurable, y su energía era la respuesta a cada oración o petición, incluidas las necesidades más íntimas que a menudo ni siquiera conocíamos. Era un testimonio de que la energía de la Fuente podía ocuparse silenciosamente de nosotros; por ejemplo, en el monasterio, en la sala de regeneración, vi a muchas personas llorar y arrodillarse. Yo era un testigo vivo de lo que Tanshui era capaz de hacer a la gente, porque a mí también me lo había hecho. Me había sacado literalmente del abismo, de un malestar que sólo puede entender quien ha sufrido no una, sino dos pérdidas.

Cuando regresé al monasterio, ya adulta, la herida dejada por mis padres seguía abierta. Aún no había conseguido liberarme del sufrimiento, pero sobre todo del torbellino de emociones que gravitaban a su alrededor. Entraba y salía de estados de ansiedad y agitación que guiaban mi comportamiento y mi vida. Me había convertido en rehén de mis propias emociones. Tras el trauma vino el rechazo, seguido de la tristeza y, por último, la ira.

Una ira incontrolada que surgía no sólo de la pérdida, sino también alimentada por la maldad de la gente.

Todo esto me llevó a detestar la hipocresía de la gente, y la superficialidad con la que podían destruir la vida de alguien, sin sentir culpa alguna.

La humanidad era mentirosa, perversa y malvada, pues llegaba incluso a matar a sus semejantes en guerras inútiles, justificando el mal que infligía en la creencia de que estaba absuelta de la ley de Dios y del hombre.

## **Capítulo 2**

Tras unos meses de purificación con lienzos, meditación y ejercicios corporales, había llegado poco a

poco a una mayor serenidad .

La absorción en la práctica del Tanshui ahuyentó los sentimientos de malestar que experimentaba, ayudándome a experimentar cada vez más la presencia de lo divino en mi interior. Incluso el recuerdo de mis padres se había vuelto menos doloroso. Aún los imaginaba juntos, sonriendo cogidos de la mano, ésa era la visión que quería grabar en mi corazón.

La calma, el amor y el desapego se convirtieron en el antídoto y la oportunidad de dejar atrás el dolor. Me armé de valor para ir a donde nunca había ido: a lo más profundo de mí misma.

Al principio me dolía y, a veces, sumida en el sufrimiento o la melancolía, me resistía mucho a dejarme llevar. Cuando lo hacía, me venían imágenes y pensamientos malos. Uno en particular me aterrorizaba más que los demás; era un pensamiento bastante intrusivo que se me repetía: "o la muerte o la luz, o la muerte o la luz", me amenazaba mediante una especie de ultimátum. Eso era lo que sentía en mi cabeza al principio de mi viaje.

Vivía diariamente bajo la amenaza de mis pensamientos, venían de ninguna parte y en ninguna desaparecían, pero lo peor era: "o la muerte o la luz". Al principio pasé por un estado de vaivén en el que sólo me daban dos

opciones, y esto, por supuesto, me aterrorizaba. Así que, antes de tirar mi vida por la borda, me obligué a reunir todas mis fuerzas para sondear y superar los límites y el chantaje que mi mente me imponía.

Intenté con todos los medios y recursos defenderme de aquel ejército de pensamientos que me querían muerto. Para luchar contra ellos, creé la ofensiva adecuada compuesta por pensamientos de luz, que tendrían la tarea de defenderme de los oscuros. Empecé una guerra, una guerra que estaba toda en mi cabeza, mientras mi cuerpo se reducía a un campo de batalla.

Cada día era una incógnita, cada día arrastraba una lesión, y casi cada día me despertaba en un cuerpo diferente, ya fuera un cuerpo viejo y cansado o uno fuerte y vital. Esa lucha me llevaba al límite de mi resistencia, solo para poder soltarme y relajarme.

¿Por qué generaba esos pensamientos? ¿Por qué los seguía? ¿De dónde venían? ¿Cómo podía acallarlos?

Los pensamientos oscuros eran insistentes, te aterrorizaban para llamar tu atención o te engañaban para obtener recompensas fáciles. Anestesiaban tus sentidos para convertirte en su marioneta. Al mismo tiempo, tu alma se ponía nerviosa y se rebelaba, echándote en cara verdades que no podías ver ni aceptar. La única forma de ser escuchado era ser más



fuerte que todas esas mentiras. El alma te empujaba a la trampa del mal para hacerte entrar en razón y reaccionar. El alma era sádica, malvada y estaba enfadada con mi yo estúpido, débil e indolente.

Ella tenía que luchar contra mí cada día sólo para ser escuchada, luchando sola contra mi mente y tirando de mí desde los hilos de la oscuridad. Por eso me di cuenta de que ella era la luz, la fuerte, y yo, que vagaba en la niebla, la débil y sin voluntad.

Ella era la que me defendía del mal y del sufrimiento, porque quería vivir en paz y manifestar su propósito.

Yo no era más que el medio que ella utilizaba, podía serle útil o un obstáculo a eliminar, si no me hubiera despertado, estoy seguro de que ella lo habría hecho.

Me di cuenta de que sólo me sentía deprimida e inútil por él y en relación con la tarea que mi alma había elegido realizar en la Tierra. Estaba claro que no tenía elección.

Si quería estar bien, tenía que hacerme más fuerte, dejar atrás el pasado y abrirme camino junto a ella.

### **Capítulo 3**

Empecé a practicar el centramiento para permanecer lo más posible dentro de mi verdadero yo. Quería llegar a

disfrutar del eterno presente, el único espacio donde Dios actuaba para ayudarme. Abracé a Tanshui, o mejor dicho, él me abrazó a mí para devolverme a la Luz.

Cuando mi mente se atascaba intentando permanecer anclada en el pasado o preocupada por el incierto futuro, recurría a Centring.

Si, por el contrario, quería paz, me tumbaba en el lienzo del monje Muni y al cabo de unos instantes me encontraba en una dimensión de tranquilidad, donde los pensamientos desaparecían como las nubes en un día soleado. Ahora era la luz la que brillaba y dominaba mi vida, la oscuridad, la ira y la tristeza habían desaparecido. La relajación se extendía cada vez más rápido por todo mi cuerpo y yo flotaba en el lago de la calma. Vivía en el lienzo de momentos preciosos en compañía de mí misma y de mi alma, alcanzando poco a poco la estabilidad mental y emocional.

Mi reacción tras la experiencia, además de asombro por la forma en que sucedió, fue de pura gratitud, la gratitud verdadera y espontánea que brota del corazón.

La huella del lenguaje divino impresa en el lienzo, interactuó con nuestra esencia para alinearnos con el verdadero Ser. Era un milagro concedido a unos pocos elegidos y yo era uno de ellos. Por asombroso que fuera este proceso, a veces obstaculizado por la mente, era

real y nadie podía negarlo.

Debo admitir que en aquella época, tras el fallecimiento de mis padres, iba a menudo al monasterio. Además de asistir a los servicios abiertos a los visitantes, había empezado a practicar la meditación con los mudras del monje Sharma y a curarme con las aguas del monje Soma, también conocido como "el malhumorado".

Los monjes se convirtieron en mis padres, enseñándome la actitud correcta, el sentimiento verdadero, la práctica correcta y los ejercicios de equilibrio corporal. Yo también esperaba, con tiempo y dedicación, alcanzar las cuatro iluminaciones.

Según el Libro de la Sabiduría, existían cuatro niveles de Conciencia: Universal, Divino, Supremo y Cósmico.

Al hombre se le concedió el acceso a través de la práctica, del Tanshui, el discernimiento, la introspección, la amabilidad y el respeto.

Los paños Tanshui aceleraron este proceso. Despertaban y elevaban los sentidos, sanando en lo más profundo el karma y los traumas del pasado que obstaculizaban el camino evolutivo.

Una vez purificados, podíamos beneficiarnos del magnetismo universal que nos nutría, aumentando nuestro amor por nosotros mismos y por el bien mayor. Dios era amor, y no contemplaba emisarios o

representantes de su energía en la Tierra, pues nos hablaba a través del alma.

El alma era su interlocutor directo y por eso desempeñaba un papel tan importante para nosotros. Para escuchar la voz del alma, había que aprender a aquietar la mente. Este era el proceso evolutivo. Las reglas fueron ideadas por el hombre, que creía, a menudo erróneamente, que sólo mediante su aplicación y observación podría alcanzarse la iluminación.

La verdad es que el hombre nunca será capaz de leer la mente de Dios, razón por la cual las religiones fracasarán continuamente.

Para los padres monásticos, en cambio, todo ser humano que atravesaba las puertas celestiales de los diferentes niveles de Conciencia podía llegar independientemente a la tierra prometida. Dios había dado al hombre las llaves de su propia libertad, pero éste no encontraba las puertas, porque había perdido el contacto con su alma y su humanidad. Humanidad era lo que más le faltaba al hombre, y siglo tras siglo, se fue alejando tanto de sí mismo que olvidó por completo de qué estaba hecho.

Por esta razón, era imposible elaborar una regla igual para todos, porque las tareas de cada uno eran únicas y todos los seres vivos experimentaban cosas diferentes

en relación con el nivel evolutivo que habían alcanzado. Por desgracia, justo cuando me sentía mejor, debido a mi primera decepción amorosa, abandoné mi camino. Aquella experiencia me sumió de nuevo en una especie de depresión.

Aunque sólo era un amor platónico, el hecho de que mi declaración no fuera correspondida me sumió en la más absoluta desesperación. Después de meses fantaseando con una chica y nuestro futuro juntos, el mundo se me vino encima, dejándome no sólo un amargo sabor de boca, sino una pérdida total de confianza en mí mismo y en mi propio juicio. Estaba enfadado con todo el mundo, pero especialmente con Dios. Ese Dios que me había empujado a abrir mi corazón y luego lo había tirado por la borda.

Había empezado a odiarme a mí misma y a la vida de nuevo, había vuelto a caer en la espiral de las autolesiones sin darme cuenta.

Había vuelto el viejo hábito de aislarme y, aunque desde mi casa seguía oyendo el eco de los cánticos de los monjes y el tañido de la campana, fingía que nada me beneficiaría.

Debido a mi decepción y frustración, me alejé del monasterio, de mi alma y de todo lo que fuera introspectivo, curativo y espiritual.

Elegí la mente, revolcándome en el malestar y el victimismo, y aunque mi tía Amina me consolaba prometiéndome que encontraría a la persona adecuada para mí, en el fondo yo no lo creía posible. Este estado continuó hasta el día en que Sri Anua Ananda llamó a mi puerta.

## **Capítulo 4**

La vida en estos lugares no era fácil, a pesar de todas las precauciones tomadas, uno seguía siendo rehén del miedo. Cada día era una apuesta y una súplica al destino.

Aunque la zona boscosa nos protegía y las casas abandonadas eran un elemento disuasorio, ninguno de nosotros se sentía completamente seguro. No podíamos olvidar los saqueos, la violencia y los abusos, porque cada uno de nosotros había perdido algo o a alguien a causa de aquellos sucesos. Los invasores habían dejado heridas profundas y recuerdos traumáticos imposibles de olvidar. Ahora encontrarnos con la mirada de un extraño nos asustaba, y esto ocurría a menudo, por culpa de los peregrinos que acudían a los monjes.

En cuanto los vigías divisaban grandes grupos de hombres, nos alertaban, y permanecíamos en la casa en ansiosa expectación recitando los mantras sagrados.

Éramos un pueblo pacífico, poco inclinado a las armas y a la guerra, sabíamos que la lucha siempre lleva a un vencedor y a un vencido, y no tendríamos ninguna esperanza de ganar contra un ejército de verdad.

Todos los gobernantes prometían cambiar las cosas, pero luego nadie se preocupaba de nuestra protección y seguridad.

La excusa era que estábamos pocos y alejados de las ciudades principales, y que no había cuarteles ni ejércitos estacionados allí para defendernos.

Además, nuestras raíces estaban tan profundamente arraigadas en esta tierra que nadie quería marcharse y,

quizá por ello, nos sentíamos muy unidos y responsables los unos de los otros, hasta el punto de que años antes nos habíamos ayudado mutuamente a reconstruir casas en el bosque.

Mi casa se alzaba sobre una elevación que dominaba el bosque por un lado y los verdes pastos por el otro. El bosque ocultaba la casa y el camino, transitado sobre todo por peregrinos. Era difícil ver gente desde el valle y el monasterio, que estaba en la cima, estaba bien protegido.

A los padres monjes y guardianes de la lengua antigua no les importaba quién fueras ni a qué casta, etnia o religión pertenecieras, siempre que fueras amable y vinieras en son de paz.

Tanshui era una bendición y los monjes-padres el medio humano para recibirla.

A lo largo de los años practiqué a mirar a los viajeros más allá de sus apariencias. A menudo los veía agotados por el largo viaje, a veces tristes y a veces felices. Muchos tenían la espalda encorvada, como si cargaran grandes rocas sobre los hombros.

Les vi reunir las últimas fuerzas para ir allí, adonde el alma les llevaba, sin que se dieran cuenta.

Les observaba mientras se enjugaban la frente o volvían la mirada hacia la cumbre, armándose de valor. Algunos



me veían en el jardín y me preguntaban cuánto faltaba para llegar a su destino, si el camino era muy empinado y por qué no se veía nada desde aquel punto. Yo siempre estaba encantado de responder a sus preguntas y, si eran desconocidos, lo hacía con gestos si era necesario.

Un día como tantos, al anochecer, oí que llamaban a mi puerta. Apareció un hombre de mediana edad, barbudo, de ojos claros y elegantemente vestido. Se llamaba Sri Anua Ananda y venía del sur. Se expresaba de forma afable y educada, aunque apenas hablaba nuestro idioma. Llevaba un mapa en las manos y preguntó si era correcto seguir en aquella dirección y si aún quedaba mucho camino por recorrer. También dijo que estaban muy cansados y deshidratados. Hablaba en plural, pero a su lado no vi a nadie. Yo, por mi parte, le tranquilicé, luego cogí la jarra que estaba sobre la mesa y vertí agua en un cuenco grande, para que fuera suficiente para otra persona. Cuando se la entregué, le seguí con la mirada para ver adónde iba. Vi que se unía a una joven que estaba junto al camino, al lado de dos burros cargados de equipaje.

Era menuda y vestía un sari verde manzana. Un ligero velo del mismo color le cubría la cabeza y parte del rostro. La observé mientras se llevaba el cuenco a la boca con ambas manos. Se había quitado el velo y me

llamaron la atención sus grandes ojos oscuros, quizá un poco asustados, pero muy magnéticos. Su larga, espesa y brillante cabellera negra se escapaba del velo y le llegaba hasta la cintura. En cuanto terminó, devolvió el cuenco al hombre, que bebió a su vez, luego me miró e inmediatamente bajó la mirada y se ajustó el velo, y cuando el hombre volvió para darme el cuenco, no pude apartar los ojos de ella. Me dio las gracias y añadió que se quedaría unos meses para la restauración del monasterio y que seguramente volveríamos a vernos.

Sabía que el monasterio era muy antiguo y necesitaba algunos arreglos, pero lo que más me intrigó fue la decisión de los monjes de acoger a más estudiantes, ya que hasta ahora sólo unos pocos elegidos tenían acceso a la escuela. Sri Anua Ananda continuó su camino, pero en mis ojos permaneció la mirada de aquella misteriosa mujer que mantenía las distancias con todos. Las vi alejarse intentando averiguar si se trataba de la hija o de una criada, ya que no llevaba el signo de una mujer casada. Al verlos caminar juntos hacia el monasterio sonreí, recordando cuando, de pequeño, solía acompañar a mis padres al oficio vespertino.

La del monje Sharma era siempre la más bella y la más conmovedora, porque además de utilizar los sagrados y poderosos mudras, al final de la reunión dibujaba el aire

tantas veces con el Tanshui que el corazón, la mente y el espíritu se embriagaban de alegría.

Sharma, aunque era el monje reinante, era muy humilde y para él no era algo natural que una brizna de hierba creciera entre las rocas o que el sol saliera cada mañana. Estaba profundamente agradecido por cada cosa de la vida, la consideraba un regalo de la Conciencia Cósmica. Para él, el amor se manifestaba a aquellos que deseaban sentirlo, sólo entonces podías reconocerlo en sus diferentes formas y manifestaciones. Sentir el amor era la base del proceso humanizador de Tanshui.

La bondad y la gratitud eran las cualidades de nuestra alma y el amor era su alimento.

Si queríamos interactuar con ella teníamos que amarla, quizás amándonos más a nosotros mismos, confiando en que esa energía llegaría hasta ella y nos daría las respuestas que buscábamos.

Para ello tuvimos que entrenarnos utilizando el lenguaje de Dios en la medida de lo posible, ralentizando nuestra mente y controlando su interferencia en nuestras vidas. Por desgracia, a menudo estábamos demasiado ocupados para hacerlo, o desalineados con las necesidades de nuestra alma, de modo que éramos incapaces de distinguir lo que era bueno o malo para nosotros. Había que aprender y repetir muchas veces los

monogramas y secuencias de la lengua Tanshui. Todo ello para que nuestra alma se hubiera saciado hasta el punto de liberar alegría y gratitud. Nos sentiríamos felices y satisfechos por reflejo.

El karma se fue resolviendo poco a poco y aprendimos a no generar más observando los principios del Tanshui, seguros de que paso a paso, y sin esfuerzo, abrazaríamos lo que ya era nuestro: nuestra alma imbuida de Conciencia Cósmica.

¿Cuándo pudo ocurrirnos todo esto? En el momento en que estuviéramos "presentes" en el presente, en ese espacio que pocos sabían saborear y disfrutar. Aunque cada momento nos llamaba a vivir en el presente, para muchos era absurdo considerar el ahora como un don. El don que Dios nos había dado para conferirlo con nuestras almas y, si teníamos suerte, también con Él.

La mente nos arrastraba constantemente al pasado o al futuro para alejarnos del amor de la energía universal, el amor al que todos teníamos derecho, pero ¿por qué lo hacía? Para impedirnos sentirlo y mantenernos esclavizados a sus caprichos, a veces muy malvados. Si vivías en el presente estabas más despierto, más lúcido, poseías discernimiento y te dabas cuenta de todo, como si vivieras una realidad ampliada. Percibiendo la vida de forma más ampliada, sólo querías experimentar cosas

bellas y armoniosas, de lo contrario sufrías. La oscuridad, en cambio, te hacía huir del presente, porque si no, te dabas cuenta de que no estabas siendo tú mismo, no estabas siendo feliz, no estabas siendo libre, pero sobre todo no estabas viviendo tu verdadera vida. Según Tanshui, lo único que te pertenecía era el presente. El presente era la dimensión del elegido, las dimensiones del pasado o del futuro eran ilusiones, si trabajabas bien en el presente ya tenías el pasado y el futuro en tus manos. Sólo teniendo fe y confianza en tus capacidades, y dando lo mejor de ti en el aquí y ahora no tendrías remordimientos ni arrepentimientos. Todo lo demás era miedo o ilusión, estas dos cosas no formaban parte de los planes de la Conciencia.

Para aprender a vivir mejor el presente, los monjes nos enseñaron a entrar en un espacio sagrado, un lugar querido por todos nosotros: nuestro corazón. En él no sólo latía la sangre necesaria para mantenernos vivos a nosotros y a nuestras almas, sino que preservaba y protegía la semilla de luz de lo que éramos. Nuestra verdadera identidad vivía allí, junto con nuestra alma. El alma era la estrella a seguir en el firmamento de nuestro cielo, era el camino correcto, el maestro del que podíamos aprender y al que podíamos dedicar toda nuestra vida. Si habíamos llegado hasta aquí, era gracias

a ella y a ella se lo debíamos todo.

Bajo su supervisión podíamos acceder a los cuatro reinos de la Conciencia: Universal, Divino, Supremo y Cósmico, y conocer la diferencia entre la oscuridad y la luz, la verdad y la mentira.

Nuestra esencia humana se fundiría con aquella de la que se había originado el Universo, y cada paso en esta vida tendría sentido. La fusión espiritual era nuestra dirección en la vida y el desapego amoroso la forma necesaria de afrontarla. Teníamos que esforzarnos por convertirnos en seres humanos completos, conscientes y evolucionados, pero sobre todo: seres libres.

La conciencia no deseaba la subyugación del hombre, sino su despertar y su liberación del mal. Mal que el hombre a menudo se infligía a sí mismo o hacía a los demás, porque no era consciente de su verdadero propósito en la tierra.

Por eso, Dios le apremiaba con continuas lecciones. Quería ayudarle a despertar del letargo que le alejaba de su alma.

Pero no era Dios quien quería el control sobre el hombre, era el propio hombre, que había sucumbido al apego, al poder y al dinero. Dios no mandaba, lo hacía el hombre, sin tener en cuenta que quien se erige en gobernante también debe saber gobernar y agradar a su

pueblo. Pero esto nunca sucedió debido a su maldad y codicia, y por esta razón el mundo estaba sumido en el caos.

A lo largo de los años había aprendido muchas cosas de Tanshui, pero mi resistencia seguía siendo bastante fuerte. Al pensarlo, me pregunté de dónde venía y por qué la había alimentado durante tanto tiempo sin ningún beneficio.

No sé qué me ocurrió aquel día, pero recibí una auténtica sacudida de la mirada de aquella misteriosa mujer. Fue como un terremoto, que en un instante derribó mis barreras y me despertó de mi letargo.

Sentí un ardor y una pasión que nunca antes había sentido y que desencadenaron en mí el deseo de saber quién era. Sus ojos se clavaron tan profundamente en mi alma que me rescataron del fango en el que me estaba hundiendo.

Lo he visto.

Ella me vio.

## Capítulo 5

En aquella época, debido a mi reticencia hacia el espíritu, sólo entregaba leche y lana para tejer a los

monjes. Me paraba en la entrada, dejaba la mercancía, recogía el dinero y me marchaba. En la entrada, a la izquierda, había una pequeña habitación para los visitantes. A su vez, uno de los monjes permitía a los clientes comprar los paños, el incienso y otros artículos para el cuidado del cuerpo y la mente. El patio era rectangular y tenía un pequeño parterre cuadrado en el centro. Un gran árbol se erguía en su interior y a sus pies había una estatua de la pequeña madre.

Mientras esperaba en la entrada, a menudo me detenía en el tronco del árbol; parecía tallado por las manos expertas de un hábil carpintero. En cambio, era la madre naturaleza quien lo había creado y lo cuidaba desde que yo era un niño. El árbol sabía que tenía una madre, que, afortunadamente para él, lo amaría hasta su último día en la tierra. La naturaleza nunca abandonó a ninguno de sus hijos, y como dijo el monje Anshu: la naturaleza es la madre de tu madre, de tu padre y de tus antepasados, es la madre de todos nosotros.

Hacía dos años que no participaba en las funciones y actividades del monasterio. Sentía nostalgia de los monjes, los cantos y las lecciones que tenían lugar en la escuela, a la que se me había permitido asistir desde la infancia. Mi destino en los planetas me revelaba que debía tomar el camino espiritual, pero aún no había



escuchado esa llamada. A estas alturas me había distanciado de mí mismo, de todo lo que antes me había hecho sentir bien. Probablemente mi alma había estado escondida en algún rincón, esperándome y observándome, transmitiéndome una sensación de vacío e inutilidad.

De camino a casa, acompañado de mi burrito Tuki, solía pararme a charlar con el anciano cuidador que vivía en la casa contigua al monasterio. Le llamé varias veces, pero no contestaba. Me di cuenta de que hacía tiempo que no le veía por allí, y esperaba que no le hubiera pasado nada. Kalu, que era una persona sociable y amable, solía encender linternas junto al camino al anochecer para que los viajeros pudieran llegar al monasterio. El camino se había ido formando con el paso de la gente, que día tras día se había preocupado de mover incluso los pedruscos que lo obstruían. En la oscuridad de la noche, las linternas color leche esparcidas por el camino parecían estrellas, pequeñas estrellas que te daban la bienvenida al cielo. A su vista, tu alma se regocijaba, preparándote para el abrazo de la Conciencia y su amor puro y desinteresado.

Echaba de menos esa vuelta a casa, echaba de menos ese abrazo amoroso, el que no juzga y como una madre te perdona todo, incluso la decepción y el abandono.

Ahora más que nunca sentía que necesitaba amar y ser amada, manifestar esa fuerza que me impulsaría a invertir en mi vida. En ese momento escuché con fuerza en mi corazón las palabras: "ella es la elegida, ella es la mujer que estás buscando".

Tenía que encontrarlo.

Al día siguiente, hacia el atardecer, caminé enérgico y decidido hacia el monasterio. Intenté avanzar lo más deprisa posible y, al pasar apresuradamente por delante de la puerta de la casa del portero, me fijé en ella. Estaba allí ante mis ojos y, aunque la veía de espaldas, la reconocí. Estaba arreglando delante de la puerta principal, una cortina de tela roja decorada con una pintura dorada.

Desde la distancia no podía ver claramente los contornos de la decoración, pero me di cuenta de que se parecía a la vieja y descolorida pintura del techo de la sala de meditación. Ella volvió a entrar en la casa y yo continué hacia el monasterio. En la entrada me encontré con el monje Arun, que, al verme sin mercancía, me saludó sorprendido pero también con una gran sonrisa. Acercándose a mí me llamó dos veces: "¡Sonam, Sonam! Omkitan querido hermano, ¡qué alegría verte! ¿Qué haces aquí a estas horas?", juntando mis manos en señal de oración le contesté: "Omkitan monje Arun, estoy

aquí para el servicio de la tarde", "¿cómo es eso?" respondió, "para ser honesto a esta hora realmente extraño practicar y me siento muy solo", "no estás solo querido hermano, tal vez triste o melancólico, pero sabes que nunca estamos solos", "conozco a este monje Arun, por eso estoy aquí hoy", "bueno querido hermano, las puertas del monasterio siempre están abiertas y están abiertas en ambas direcciones, para aquellos que quieran entrar o salir. En realidad somos los liberadores de vuestras almas y os damos las llaves para que les abráis las puertas. Toda la vida es un viaje hacia la liberación", y sonriendo añadió: "ojalá llegue antes a la que todos aterrizaremos".

Saludé al monje Arun y entré en la sala de meditación tras quitarme los zapatos, lavarme las manos y la cara y colocar la palma izquierda sobre la piedra purificadora de la entrada. Me incliné y levantando la cabeza busqué a la misteriosa mujer. En cambio, reconocí a Sri Anua Ananda. Estaba a mi derecha, sentado en primera fila; decidí unirme a él y me senté detrás. Estábamos divididos en dos filas, las mujeres a un lado y los hombres al otro. Nunca supe si esta separación se debía a una razón cultural, energética o espiritual; en cualquier caso, no pude ver a la chica hasta justo antes del canto de apertura. El silencio de la sala se vio interrumpido

por el característico tintineo de campanillas en una tobillera, me volví, y por el rabillo del ojo la vi venir mientras caminaba lentamente por el pasillo central. Era preciosa, con el pelo suelto y toda vestida de morado. Se detuvo, se paró frente a los monjes, tomó en sus manos la bandeja de arathi que le tendió una mujer a su izquierda. En la bandeja descansaban cinco velas, algunas flores e incienso.

El servicio comenzaba siempre con un canto de apertura acompañado del arathi, normalmente interpretado por una mujer que hacía girar la bandeja en señal de ofrenda y devoción. Hoy esa mujer era ella, y bañada por la tenue luz, pude ver mejor su rostro. Estaba tranquila y relajada, con los ojos entrecerrados que desprendían una gran sensación de calma y devoción. Su rostro me resultaba familiar, como si nos hubiéramos visto antes.

Cuando se sentó en primera fila, tras colocar su bandeja ante la estatua de Paramah Shivam, el primer monje tanshuista, se dio la vuelta.

Nuestras miradas se encontraron, ese momento me bastó para darme cuenta de que era la mujer que estaba esperando.

El monje Sharma entonó el aum, seguido de la bendición del cielo y la tierra. Practicamos mudras y la

meditación de la contemplación silenciosa. Escuchar el silencio era una práctica importante, porque podías saber inmediatamente si te habías librado de ciertas tendencias nocivas. El monje encargado, consciente de que no todo el mundo hablaba nuestra lengua, no se explayaba mucho. Los que conocían la práctica la realizaban, los demás cerraban los ojos, permaneciendo absortos en la energía que fluía de la práctica.

Tras el canto de clausura, la parte más esperada era la concesión de la gracia a través de Tanshui. Cambiaba de vez en cuando, ya que el monje de turno, guiado por la Conciencia, la concedía según lo que más necesitaran los presentes.

Después de tanto tiempo, el ritual me pareció aún más poderoso y envolvente. Me sentí sacudido hasta la médula y liberado de las cadenas que me había construido. Mientras el monje movía la mano dibujando el aire, vi que algunas personas sonreían y otras lloraban, muchas yacían relajadas y otras se encogían, presas de éxtasis se convertían en bebés en busca de un vientre. Lloré de alegría porque sentí que por fin dejaba atrás mis resistencias y miedos.

Estos efectos se manifestaron cuando la energía Suprema decidió liberar al hombre de la opresión del ego, que sobrepasó el límite que había establecido y

tiranizó con demasiada vehemencia al desafortunado hombre.

Los comunicados fueron algo extraordinario y emocionalmente reconfortante, se podía sentir cómo el aire pasaba de pesado a ligero y las caras largas se convertían en sonrisas y manos entrelazadas de sincera gratitud.

El lenguaje de Dios te devolvió a la luz de la inmensa alegría y amor por la vida. Te estaba abriendo la puerta del Ser, arrancándote de ilusiones, falsas creencias y condicionamientos familiares, culturales y religiosos. Todas esas limitaciones eran creadas por el hombre, para hacernos sentir pequeños y supeditados a su poder. La liberación de las cadenas del sufrimiento significaba también la liberación de la ilusión de estar separados.

La separación era la trampa más terrible utilizada en el control de las masas. Todo era de una sublime intensidad mística. El servicio terminaba siempre con el arathi, y esa noche se levantaba de nuevo.

Por desgracia, una vez terminada la ceremonia, retrocedió y desapareció.

Lo único que pude hacer fue preguntar por ella al monje Arun, que en respuesta me dijo: "Querido hermano, puede que no te hayas enterado, pero el cuidador nos dejó hace muchos días y la chica vive ahora en su

morada, Sri Anua Ananda no ha permitido que se establezca aquí, porque vendrán muchos hombres a trabajar y no serán gente de estos lugares. El acuerdo al que llegamos es que ella asistirá a clases a cambio de ayuda en las tareas diarias. No sé mucho más porque aún no he hablado con ella".

Debo admitir que después de la sentida pena por la muerte del cuidador, salí un poco decepcionado.

Pero aquella noche había sido intensa, una auténtica vuelta a la vida. Sentí que por fin me despertaría a la mañana siguiente más ligera y con ganas de vivir más positivamente.

## Capítulo 6

Durante unos días continué con mis hábitos habituales: casa, ovejas, huerto, leche y venta de lana. Mi existencia

fluía tranquilamente y seguí asistiendo al monasterio por las tardes. Desgraciadamente, sin embargo, al final del servicio, la muchacha desapareció y nunca pude reunirme con ella.

Pasé por delante de su nueva casa, me detuve, pero con las cortinas corridas me fue prácticamente imposible distinguir nada, salvo la llama de una lámpara encendida y una sombra cambiante.

No tenía ni idea de quién era, de dónde venía ni de la naturaleza de su relación con Anua Ananda. Definitivamente no era de aquí, porque nunca la vi hablar con nadie. Probablemente aún no conocía nuestro idioma, pero estaba seguro de que lo aprendería con el tiempo, así que por fin podría conocerla y hablar con ella, de nuevo con la aprobación de Anua Ananda. A veces me bastaba ese pensamiento para cambiar el curso de mi día. Había aprendido a ser paciente y disfrutaba de aquella espera como prelude de nuestro futuro encuentro.

Noté que volvía a sonreír, que estaba más dinámica y activa. Se estaba produciendo en mí una transformación que se manifestaba a nivel humano y espiritual, lo que se confirmaba por mis nuevas ganas de vivir y de elevarme.

Esa mañana fui al mercado, el que se celebra una vez al



mes. Además de los puestos habituales de fruta y verdura, había vendedores que enriquecían la oferta con productos de más renombre e importados. La cosa se ponía interesante cuando uno encontraba productos nuevos, como aromas y especias, aceites esenciales, piedras preciosas, zapatos y telas finas.

Había aprendido mucho sobre tejidos gracias a mi tío, que era sastre, y a menudo me llevaba de compras con él. Normalmente, se detenía en los puestos más bonitos y juntos seleccionábamos las telas más elegantes, que él compraba por encargo para confeccionar vestidos de etiqueta.

Cuando me paré frente a un banco lleno de maravillas para mis ojos, me di cuenta de que a unos pasos de mí estaba la chica misteriosa. Llevaba en las manos una seda brocada de color rojo bermellón. No iba acompañada y estaba tan cerca que casi podía tocarla. Recé para que se diera la vuelta y, tras unos instantes de inquietud, se giró y me vio. Nuestras miradas se cruzaron y sentí que ella también sentía algo por mí. Cuando estaba a punto de saludarla, un rayo de sol deslumbró su rostro, ella retrocedió, se cubrió con su velo y se alejó muy deprisa.

Bastó un instante para que se desencadenara el hechizo entre nuestros corazones. Un aura mágica envolvió

nuestras almas y hablaron entre sí. "¿Quién eres, mi luz amada?", "¿Quién eres, alma atormentada?", "Hace tiempo que te busco", "Hace tiempo que te espero", "sálvame de mí mismo", "ámame, como nunca has amado a ninguna mujer".

Me invadió una oleada de amor y de pura felicidad. Embriagado por lo que acababa de oír, me quedé atónito intentando comprender lo que había ocurrido entre nosotros. ¿Un milagro quizás? Un milagro que se había producido en medio de una multitud ajena al éxtasis que yo seguía sintiendo. Aquel momento se había vuelto infinito e imborrable. Dios lo había estirado hasta el punto de que podía sostenerlo, y aunque ella se había ido, yo seguía sintiéndola cerca de mí. Busqué aquella tela, la sostuve entre mis manos y la olí. Aún olía a ella, así que sin pensarlo la envolví y la compré. De camino a casa volví a pensar en su cara iluminada por un rayo de sol que brillaba tanto como el mismo sol. Ya no tenía dudas, era la mujer que buscaba.

## Capítulo 7

Después de aquel episodio, en el que no sólo mi corazón sino también mi mente salieron a la luz, decidí

que ella era la mujer con la que quería casarme. Sentí la imperiosa necesidad de volver a verla, así que fui al monasterio a primera hora de la tarde. Quería reanudar los ejercicios del cuerpo, para enraizarme y reequilibrar todas esas emociones nuevas y fuertes que me devoraban. Por eso participé en la práctica que se realizaba antes de la meditación. Para mi sorpresa, aún recordaba bien las secuencias activadoras, los mudras y la respiración. Liberar tensiones, estirar y fortalecer el cuerpo era parte integrante de la filosofía del monasterio, y como decía el monje Mandit: la cabeza no se sostiene sola.

Aquella tarde había una docena de estudiantes dirigiendo la práctica; llevaban algún tiempo viviendo en el monasterio y pronto se encargarían de difundir el Tanshui por otros lugares.

Recuerdo que en aquella época el monje Mandit era bastante estricto en sus enseñanzas, pero en general sabía que el cuerpo también tenía que disciplinarse y lo acepté. Miré a mi alrededor y vi que las obras de restauración habían comenzado. Lo notaba por los carros de materiales y los obreros que desfilaban por delante de mis ventanas todos los días. Había trabajadores voluntarios y otros que cobraban, pero al ser tan numerosos deduje que tal vez Anua Ananda

deseaba terminar antes de que llegara el invierno. Desde hacía algún tiempo corría el rumor de anexionar una verdadera escuela al monasterio. Una escuela que enseñaría además de pintar y practicar el Tanshui, filosofía, tejido, preparación de remedios, las artes de la curación y la visión clara.

Una sección del monasterio, que sin duda Anua Ananda no habría restaurado, era la dedicada a las salas de purificación y regeneración. Dos espacios enormes, ambos divididos por una cortina, que tenía la función de separar a las mujeres de los hombres. Cuando te tumbabas en la lona, sentías que tu alma te llevaba a otro lugar para permitirte encontrar la Conciencia y las verdades que buscabas. Si te entregabas por completo, además de soltar el dolor que te atormentaba, abrazabas tu verdadera naturaleza y ya no tenías necesidades ni deseos, porque en aquel espacio te habías fundido con el todo.

Daba gusto estar allí y perderse en la inmensidad de la vida y el eterno presente. Participar en un diálogo silencioso guiado por los sentidos, nos llevaba a un estado de paz y equilibrio perfecto. A veces me conmovía la idea de que Dios, en tiempos pasados, nos había dejado un lenguaje para ayudarnos, amarnos y hacernos sentir verdaderos seres humanos.

El monje supervisor de turno nos saludó con las manos cruzadas: 'Omkitan querido hermano, líbrate de tus males y regenera tu espíritu. Tu alma sabía adónde conducirte.

La sala de purificación y la sala de regeneración permitían aumentar el bienestar físico y mental y progresar espiritualmente. Todo esto se hacía sin necesidad de hacer nada, y era precisamente esto lo que la gente se negaba a comprender, acostumbrada como estaba al trabajo penoso, al sacrificio y a las prácticas agotadoras. Este abandonarse en las manos de Dios y ponerse a su cuidado era la verdadera fe. Aceptar las intenciones loables del alma era la verdadera religión, liberarse de la resistencia era el camino hacia la liberación.

Había que ser valiente para elegir la libertad y dejar de creer en la mente temerosa apegada a las cosas impermanentes de la vida. La larga, larguísima vida se desarrollaba en una realidad desconocida para nosotros, los terrícolas. Sólo a través de las palabras de Dios podías experimentar fragmentos de ella, vivir sus maravillas y volar a destinos impensables para la mente. Esta audición y clarificación de ideas tenía lugar en total silencio y escucha. Una sola palabra pronunciada por cualquiera rompería el pacto con el alma omnisciente.

Ningún interlocutor podía transmitir tanta información en tan poco tiempo como el lenguaje de Dios. En adelante, para creer sólo en Él, tenía la tarea y el deber de escucharme a mí mismo.

El monasterio también albergaba la sala de curación, donde los monjes estudiantes practicaban la curación del espíritu mediante suaves toques, el uso de aguas terapéuticas y piedras. Todo se desarrollaba en un ambiente muy relajante, salpicado de lámparas decoradas con Tanshui. En ese ambiente evocador, el alumno te esperaba sentado al borde de una gran manta, donde recibías los cuidados que necesitabas. Cuando te ibas, podías llevarte tus lienzos a casa, mientras que el monje no, y por eso la última puerta que encontrabas al salir era la de la tienda.

En esa pequeña habitación tuviste la oportunidad de llevarte contigo una parte de esa energía extraordinaria que acababas de experimentar. De este modo, no sólo tú, sino también tus seres queridos podrían beneficiarse de ella. En la entrada, el gran árbol te daba la bienvenida junto con la estatua blanca de la pequeña madre.

La pequeña madre era la que había transmitido el Tanshui mil años antes a Paramah Shivam, el fundador del monasterio. Había sido una mujer muy sabia que guardaba mil años de conocimiento.

El Tanshui le había sido transmitido por su Maestro, que poco después tuvo la desgracia de ser asesinado. Maryam, así se llamaba, poco antes de morir, le prometió que haría todo lo posible por salvaguardar el Tanshui, para que su sacrificio no hubiera sido en vano. Ella también fue perseguida tras la muerte de su Maestro y decidió huir y entregar el Tanshui sólo a los nobles de corazón. Conoció a muchas personas a lo largo de su vida, pero sólo cuatro eran dignas de su atención. Cuatro elegidos que se dedicaron en cuerpo, alma y espíritu a la protección y transmisión del Tanshui. Maryam escuchó atentamente sus almas y los eligió como portadores de la lengua de Dios. Cuando estuvieron preparados, los envió a los cuatro puntos cardinales, donde un día se abrirían los sellos.

Los elegidos tuvieron que preservar paciente y fielmente el Tanshui para que llegara el momento en que la verdad sirviera a los hombres para no desaparecer de la tierra. Se convirtieron en fieles padres y guardianes de la causa que sus almas habían elegido.

La estatua de Maryam, tallada en el mármol más blanco, saludaba con la mano derecha levantada, mientras que en la izquierda sostenía un pergamino. En la palma derecha tenía tallado el signo del amor incondicional, que instintivamente llevaba a la gente a poner la mano

sobre ella. Los peregrinos hacían cola y se arrodillaban ante la estatua de Maryam para poner una mano sobre la suya. Inmediatamente después juntaban las manos delante del pecho y se alejaban. Ya se había convertido en una tradición saludar a Maryam, su mano estaba brillante y reluciente por haber tocado tantas manos y tantos corazones.

Había oído que en un monasterio de China había una estatua como ésta. La habían colocado a la entrada, protegida y custodiada por los monjes, que habían seguido difundiendo Tanshui en su nombre. Allí, también, la pequeña madre ofrecía en silencio infinitas bendiciones. Debajo de ambas estatuas había una inscripción: "Mi corazón abraza tu corazón".

Ya de niño corría hacia ella nada más entrar, buscando su mano. Solía jugar bajo el gran árbol con otros niños, mientras nuestros padres meditaban o recibían los cuidados de los monjes.

Tal vez fuera por el amor que sentía o por la nueva sensación de vida, pero el deseo de reencontrarme con mis orígenes y con este lugar bendecido por Dios había vuelto con fuerza en mí.

## Capítulo 8



Se decía que el monasterio había sido construido mil años antes por Paramah Shivam, y que este lugar había sido señalado por la propia madrecita. Además, cerca de la sala de meditación, durante las excavaciones se descubrió un manantial natural del que brotaba agua de manantial muy pura. Las estrellas lo habían previsto todo, el hombre las había seguido para manifestar los planes de la Conciencia que también habían guiado los de Maryam durante muchos años.

Me dirigí a la sala de meditación y seguí el servicio con gran transporte. Durante el arathi permanecí en contemplación del rostro de mi amada, que al final de la velada se retiraba siempre muy circunspecta hacia casa. Acepté su huida de mí, con la esperanza de que tarde o temprano llegaría también el día de nuestro encuentro. Sentía su llamada en mi corazón y nada ni nadie me haría desistir, ni siquiera el tiempo.

Al cabo de unos días, por fin una mañana, vi a la mujer de mis sueños en el jardín. Estaba sentada, concentrada en la acción de pintar los lienzos de los monjes. Aquello me asombró mucho, pues no todo el mundo tenía el privilegio de transferir el lenguaje sagrado al lienzo, y no a todo el mundo se le concedían las activaciones sagradas para hacerlo. Me dispuse a llamarla y me di

cuenta de que no sabía su nombre, así que, por impulso, corrí al monasterio en busca de Anua Ananda. Le vi con unos papeles en la mano discutiendo con los trabajadores, me acerqué tímidamente y le pregunté el nombre de su protegida. Me contestó que unos días antes se había celebrado la ceremonia de iniciación de los monjes estudiantes, aquella en la que cada uno renunciaba a su propio nombre y aceptaba el espiritual que le daba el monje-regente. Ahora se llamaba Lalita Devi, y su tarea consistía en pintar lienzos en silencio y meditar. En ese momento Anua Ananda fue llamado por un trabajador y le dejé seguir con sus tareas. De regreso me detuve frente a la casa de Lalita. Pensé en la información que acababa de obtener, como que ella tenía que pintar en silencio, pero decidí llamarla de todos modos. Lo hice una vez, luego dos, pero Lalita siguió pintando, sin volverse. Siguió haciendo lo que estaba haciendo y yo me di la vuelta.

Me consolé pensando que el silencio era una restricción indispensable para infundir energía al lienzo, o que simplemente no quería interrumpir su concentración. Lo pensé varias veces y acabé por aceptarlo.

Durante unos días tuve que ayudar a mi tía a mudarse a una nueva casa y, además del trabajo y el pastoreo, ya no tuve ocasión de ir a los servicios vespertinos.

Una tarde, mientras conducía por la carretera que atraviesa los campos, me fijé en grupos de mujeres que recogían flores de azafrán. Algunas las clasificaban en cestas y se afanaban en separar las flores moradas de la maleza. Para mi sorpresa, reconocí a Lalita entre ellas. Llevaba un delantal ocre atado sobre una túnica verde. Llevaba el pelo recogido en una larga coleta que ondeaba al viento. Tenía las manos ocupadas en colocar las flores en la cesta y me di cuenta de que, mientras se secaba la frente, se reía con la hija del carpintero.

Sabía que de vez en cuando Kamini ayudaba a los granjeros durante la cosecha, al verlos a ambos de buen humor, me armé de valor y llamé a Lalita. Se agachó y no me vio, así que volví a llamarla.

Pero ni siquiera entonces obtuve respuesta. A la tercera vez, Kamini se dio la vuelta y corrió hacia mí, diciéndome que dejara de gritar, porque Lalita no podía oírme. Ante esa frase, jadeé y le pregunté por qué decía eso. Su respuesta fue lapidaria: "porque Lalita es sordomuda".

Al oír esas palabras, jadeé y, mientras Lalita me sonreía, yo no pude devolverle la sonrisa.

Creo que palidecí al verla caminar lentamente en mi dirección. Me sentí abrumado por la consternación. Lo que debería haber sido un sueño hecho realidad se

convirtió en una pesadilla de la que no podía despertar. Me acerqué a ella y la saludé juntando las palmas de las manos, tras lo cual levanté la cesta que entretanto había depositado en el suelo. Mirándola a los ojos, me di cuenta de que eran tan dulces e irresistibles que el dolor que sentía desapareció al instante. Le pedí permiso con gestos para acompañarla a casa.

Noté que Kamini, sorprendida de verme como pretendiente, se tapaba la cara con una mano y se echaba a reír.

Mientras tanto, Lalita se puso rígida, movió la cabeza como diciendo que no y, apoyando su mano en la mía, intentó que yo pusiera la cesta en el suelo. En ese mismo momento ocurrió algo muy extraño entre nosotros. Una fuerte descarga comenzó en su mano y recorrió todo mi cuerpo. Me sobresalté y di un salto hacia atrás, casi perdiendo el equilibrio. Aunque sobresaltada por lo que acababa de ocurrir, no la solté y, sujetando con fuerza la cesta, le hice comprender que el sol se estaba poniendo y que era mejor no cruzar los campos sola.

Al final accedió y caminamos codo con codo hacia casa. Por el camino estaba bastante acalorada, llevaba las mangas del vestido remangadas. Me fijé en que tenía varias cicatrices en los brazos. Eran líneas rectas y nítidas y no podían confundirse con quemaduras.

Cuando Lalita se dio cuenta de que la miraba y de que mi expresión cambiaba, se remangó inmediatamente y se detuvo. Buscó algo a un lado de la carretera, cogió una flor rosa y me la dio. Comprendí el significado de su gesto y su incomodidad, así que decidí seguirle la corriente caminando con más despreocupación. Entre gestos, sonrisas y silencios, me di cuenta de que el sol estaba muy bajo y el cielo sembrado de nubes rosas. Su rostro brillaba y su sonrisa iluminaba las emociones que ambos sentíamos.

Una vez delante de la puerta de su casa, le hice saber que iba al servicio de la tarde. Ella asintió, se despidió y me dio las gracias.

Cuando entré en el monasterio me encontré con Anua Ananda, parecía haber cambiado desde su llegada al pueblo, vestía ropas humildes, caminaba con paso lento y medido y el tono de su voz era muy tranquilo. Aproveché la ocasión para preguntarle por la causa del estado de Lalita. Me contestó que nadie sabía la razón de su estado, que lo más probable era que fuera sordomuda de nacimiento. Él había rescatado a Lalita de un templo, donde abusaban de ella y la explotaban por su estatura espiritual. Explicó que un falso gurú la mantenía confinada para darle bendiciones, curaciones y pujas. Básicamente, Lalita era utilizada para ganar

dinero para el hombre que la mantenía esclavizada. Junto a ella había otras chicas en la misma situación, pero ninguna, quizá por miedo o desconfianza, quiso seguirla. Anua Ananda pasó mucho tiempo allí antes de denunciar al hombre por malos tratos. Necesitaba pruebas y declaraciones de algunos de ellos. Cuando se enteró de que sus abuelos la habían vendido al hombre, se negó a devolvérsela y se la llevó con ella al monasterio. Lalita se había llamado Govinda, pero nadie debía saber su nombre ni su pasado, porque eso podía ponerla en grave peligro.

Lalita había recibido el don de la curación, pero era una facultad que debía utilizar con compasión y a su discreción, desde luego no para enriquecer a un hombre cruel y deshonesto.

Luego añadió: "He visto tu interés por ella, te recomiendo que la protejas y la cuides, que mantengas alejados de ella a quienes sabes que no son buenas personas. Tú conoces a todo el mundo aquí, mientras que ella, además de no poder comunicarse con nadie, es extranjera y aún está muy asustada por lo que ha vivido. Sé que eres un buen tipo y que me avisarás si notas que algo va mal".

Le contesté que cuidaría de ella, que permanecería en guardia y con las orejas pegadas al suelo. Anua Ananda

me sonrió, me dio las gracias y se despidió, dirigiéndose a la sala central.

Sentí una gran pena al pensar en lo que Lalita había tenido que pasar antes de llegar aquí. Ahora tenía claro el poder de su tacto, que, con gran fuerza y energía, me había atravesado hasta sacudirme. De hecho, después de estar cerca de ella, a pesar de las noticias que acababa de escuchar, me había sentido feliz. La tristeza había desaparecido, dejando espacio a la alegría y la serenidad. Unos instantes después, Lalita apareció en la entrada del monasterio, se había cambiado de ropa para el servicio. Llevaba un sari rojo con ribetes dorados, caminaba despacio, serena y tranquila. Me saludó con una inclinación de cabeza mientras caminaba hacia el arbolito de la madre. Al llegar, se arrodilló y colocó su mano izquierda sobre la de la estatua, luego juntó las palmas y permaneció inmóvil con los ojos cerrados durante unos instantes. Era tan hermosa que la idea de que alguien le hubiera hecho daño me estremeció. Mientras tanto, Lalita se levantó y se dirigió a la tienda. Salió inmediatamente con un paño cuadrado en las manos. Era el que poseían todos los monjes para meditar. Recomendaban tener un paño propio para la práctica, ya que creaba un vínculo sutil entre nosotros y el Tanshui; el Tanshui no era adictivo, pero creaba

bienestar y coherencia entre nosotros y nuestra alma, así como un inmenso apoyo energético y moral.

Yo también me dirigí con los demás hacia la sala de meditación, tomando asiento junto a Anua Ananda.

Los padres monásticos no tenían nada que ver con la coacción, la restricción o el adoctrinamiento, sino que, por el contrario, sostenían que con la ayuda del Tanshui el alma nos instruía y era capaz de despertar nuestra conciencia. El amor era la clave, la mente el medio, las manos el instrumento, la práctica el camino y la liberación del mal la meta; no importaba si el mal pertenecía al presente o al pasado, si maniobraba con personas o situaciones, la luz del alma lo derrotaría.

No había separación entre lo físico, lo mental y lo espiritual, todas eran formas que el alma tomaba como vehículos para manifestarse. Nuestra tarea era dejar que lo hiciera; las influencias de la familia, la política, la religión y la superstición eran los límites que pisoteaban la libertad de acción del alma.

Tanshui devolvió la luz a la mente y a esa parte de nosotros que había absorbido los miedos, las humillaciones y todo lo nefasto inventado por los seres humanos. Tras una limpieza gradual, renunciamos a lo que ya no formaba parte de nuestra evolución. No fuimos nosotros quienes lo decidimos, sino la propia



fuente de la que procedía nuestra alma. Ciertamente, no estábamos en condiciones de conocer el juego de la Conciencia. En cada nivel, la sabiduría se transmutaba en comprensión, conocimiento, amor y dicha. Las prácticas nos conducirían gradualmente al matrimonio cósmico: la unión sagrada con nuestra alma. La unión de nuestro ser mortal con nuestra alma universal. El primer paso se llamaba: Fusión Primaria.

Esta activación se producía siempre después de la adolescencia, tras la rebelión de la mente, el despertar del fuego del cuerpo y el final de la tribulación hormonal; al crecer se empezaba a mirar al futuro y se disparaba el deseo de alcanzar la autonomía. Sucedió que para lograr sus objetivos uno aplastaba su conciencia de manera fría y calculadora.

A la larga uno se sentía triste y desprovisto de energía vital, como agotado, y el alma también, sin escucha ni amor se consumía lentamente.

Cuando se activó la Fusión Primaria, se produjo un milagro interior. Se encendió la conciencia de que éramos un instrumento y un vehículo de nuestra alma y floreció el amor verdadero, el amor por nosotros mismos. Nos dimos cuenta de que los demás, las distracciones y los deberes eran excusas para valorar lo que no tenía, oscureciendo la riqueza interior. La

práctica de la fusión aportó sabiduría y amor a cada parte de nuestras vidas. Había equilibrio: el dinero, el trabajo, la familia, la vida social e incluso las diversiones más tontas tenían sentido, todo era una versión y manifestación de nosotros mismos y de nuestra alma.

Eso era lo que me decían los que habían pasado por ello, incluidos mis padres, que dieron este paso juntos. Siempre supe que era la verdad. Me daba cuenta por sus ojos claros y brillantes, su espontaneidad y la coherencia de su comportamiento, mientras que la mayoría de la gente me parecía que ocultaba algo. A veces percibía una duplicidad, que tal vez servía a algunos para disfrazar su verdadera identidad. Otros, en cambio, los que sólo necesitaban una mirada para hacerte sentir bien, eran más sinceros, y sus palabras salían directamente del corazón y no de la manipulación o el beneficio efímero.

Ahora era un adulto, era perfectamente capaz de admitir mi necesidad de dar y recibir amor, y estaba firmemente decidido a que en los días siguientes pediría a los monjes la activación de la Fusión Primaria.

Volví con mi presencia a la sala, cuando inmerso en el silencio amortiguado de la sala de meditación, oí el sonido de la tobillera de Lalita. Al llegar a la plataforma elevada en la que se sentaban los monjes, se volvió y me

miró. Una de las mujeres a su izquierda le entregó la bandeja de arathi, ella la levantó lentamente, girándola mientras entonábamos el canto de apertura. El monje que presidía la meditación estaba sentado en el centro, con los ojos cerrados y las manos cruzadas. Detrás de él estaba el tanka de las tres verdades, una mesa baja adornada con lo que representaban los cinco elementos: una lámpara, un cuenco de metal, un incensario de madera, agua y piedras. A ambos lados de la mesa solían haber dos pequeñas plantas como adornos temporales, ya que a los monjes no les gustaba la práctica de cortar flores. Las plantaban en macetas, el tiempo suficiente para que echaran raíces, y luego las devolvían a la tierra. La sala de meditación era una habitación rectangular bastante desnuda, con un marco de madera elevado que permitía ver a los monjes. Uno de ellos estaba de pie en el centro, tres a su izquierda y tres a su derecha, la simetría era perfecta. Cada uno estaba sentado en un cojín sobre el que descansaba la tela de meditación pintada por el monje Muni. De sus túnicas color tierra colgaba un adorno de madera con el tanki del amor incondicional. Lo sostenían entre las palmas de las manos muchas veces a lo largo del día. A menudo los veía sentados o de pie con los ojos cerrados y las manos juntas. Era su forma de rezar. Yo tenía uno igual, era de

mi madre, probablemente mi padre desapareció con él. La ofrenda de luz no duraba mucho y, una vez terminada, Lalita dejaba la bandeja delante del monje y caminaba hacia atrás para sentarse en primera fila.

Aquella tarde, los monjes entonaron un mantra compuesto por dos Om y un Aum, y mientras lo cantaba, sentí una energía cálida en el labio inferior, que se derramaba por mi boca como una cascada. Supongo que era lo que mantenía comprimido y controlado dentro de mí lo que por fin se estaba liberando, muy suavemente y sin esfuerzo. Aunque no estábamos en un templo, el aire que respirábamos estaba impregnado de quietud mística y devoción, donde el vacío, ahora completamente llenado por nuestras almas, daba el exceso de luz al principio inmaterial que las alimentaba. Los monjes eran seres humanos como nosotros, sólo que, a diferencia de nosotros, habían dado su consentimiento a la Conciencia Cósmica para despertar plenamente. Nada ocurría sin permiso y nada podía violar el libre albedrío del ser humano. Por eso, el consentimiento por un lado y el respeto por otro eran muy importantes, sobre todo si se quería actuar en nombre de Dios. No se podía forzar a nadie si no deseaba ser despertado o ayudado.

El plagio, el chantaje, el miedo, la coacción y la sumisión

eran expedientes de la oscuridad.

Aunque los monjes procedían de países y culturas diferentes, lo que les unía era Tanshui. Todos ellos habían pedido explícitamente despertar la chispa divina en sus almas, que una vez madurada ponían al servicio del bien supremo. Lo hicieron para que otros pudieran despertar de ese largo y profundo sueño al que les había relegado el engaño del poder de la mente. No todos estábamos preparados o destinados a despertar, no todos teníamos la humildad de aceptar que no conocíamos el plan universal, no todos éramos capaces de corregir nuestros errores. El juicio, que procedía del miedo, formaba parte de los dos demonios contra los que el hombre tenía que luchar: el miedo y la ilusión.

Estas tendencias nos obligaban a vivir constantemente en el olvido. Con demasiada frecuencia, las religiones, las culturas y las propias leyes del hombre se sirvieron de ellas para impedirnos despertar y recordar quiénes éramos en realidad. Lo hacían sometiendo nuestras almas a un camino que no habían elegido. Utilizaron estratagemas como el terror, la culpa, el chantaje e incluso la ilusión de darte una vida mejor de la que tenías. Impusieron la veneración ciega a reyes o dioses como estratagema para la sumisión, un exceso que quitaba al hombre el sentido de la lucidez y el equilibrio.

Si la Conciencia Cósmica tenía un propósito, ¿por qué no íbamos a tenerlo nosotros también? ¿Cómo podían los pensamientos de un ser humano condicionar la mente de todos sólo para su propia diversión? ¿Por qué a la Oscuridad le encantaba vernos sufrir? Las preguntas eran muchas.

Los monjes no profesaban credos, sino que otorgaban dones, los dones del autodespertar, que ponían de rodillas al falso yo ante el alma que le había permitido existir. El cuerpo solía curarse de todos los males generados por ese conflicto.

Por estas razones, era lógico pensar que en el oscuro periodo en el que nos encontrábamos, los Tanshui se convertirían en otro enemigo al que matar y eliminar. Como las personas libres y despiertas se rebelarían contra la guerra, porque anhelaban el amor y la paz, esto no era bueno para los que tramaban y urdían planes oscuros a nuestras espaldas. Me encontré pensando en todas estas cosas durante la meditación, tal vez porque esa energía pesada estaba saliendo de mí, o tal vez porque estaba subiendo unos peldaños en la escalera de la conciencia, quién sabe.

Al final de la meditación busqué a Lalita, pero, como de costumbre, se había retirado a su casita. Para su seguridad, los monjes le habían regalado un perro que la

vigilaba día y noche y ladraba al menor ruido.

Al salir del monasterio me acerqué a su casa, me detuve y pensé en nosotros dos juntos, lo que sentía hacia ella era inexplicablemente fuerte, a pesar de su limitación, deseaba poder formar parte de su mundo, amarla como se ama a un ser especial, a quien Dios nos había enviado para ser alabado y no vencido.

Cuando la vi meditando con los ojos cerrados entre las demás mujeres, me di cuenta de que su luz las oscurecía a todas, de que su rostro era la única forma en la que mi corazón desearía meditar. Podía verla impresa en cada rincón de mi alma, podía oír su respiración en mi aliento y su risa en mis oídos y sus manos acariciando mi cuerpo. Me había enamorado tanto que habría hecho cualquier cosa por ella. Con la mente en otra parte, no me di cuenta de que ella me observaba desde la ventana, mientras yo, como un idiota, me apoyaba en su valla.

Lalita salió, vino hacia mí con dos tazas en la mano y, con un gesto de la cabeza, me indicó que entrara. Una vez sentada en la veranda, me tendió una taza de té. Me temblaban las manos mientras su mirada penetrante buscaba en cada rincón de mi cabeza, hasta el punto de que la sentía palpar, luego pasó a mi alma y después a mi exterior.

Tuve la tentación de salir corriendo, pero ella se dio

cuenta de mi incomodidad, cogió un palo de madera y, en el suelo arenoso bajo nuestros pies, escribió su nombre, luego me lo entregó y yo hice lo mismo, me reí y la imité. Empezamos, sentados uno frente al otro, una comunicación silenciosa, diferente, pero agradable y relajante.

Sus manos se movieron y extrañamente empecé a entenderla, ayudado por sus ojos, sus expresiones y sus gestos.

Aprendí a entender palabras como: yo, tú, andar, ver, pintar, beber, comer. La observaba e imitaba sus respuestas.

En la excitación nuestras manos se tocaron varias veces, afortunadamente ya no sentí ningún temblor de dolor, sino que, por el contrario, percibí una corriente de agradable calma y serenidad, hasta el punto de que incluso su perro, un poco menos vigilante, permaneció sentado y tranquilo, como si supiera que había que respetar nuestro espacio.

Así empezó nuestra relación, nuestros ojos y nuestras manos se convirtieron en nuestra voz, nuestras expresiones faciales en nuestras emociones, mientras yo aprendía de ella y ella de mí.



## Capítulo 9

Lalita pintaba en silencio durante horas. Se ponía en contacto con los mundos más elevados y transfería el lenguaje de Dios a lienzos que reconfortaban y aliviaban el sufrimiento humano.

Se había hecho un hueco en casa para meditar y pintar. Por las mañanas iba a clase y almorzaba con los monjes, por las tardes pintaba y por las noches, después de meditar, volvía a casa.

Era el único momento en que podía acercarme a ella para profundizar en nuestro conocimiento. Le llevaba comida para que no tuviera que preocuparse por ella.

Después de las primeras veces, empecé a hacerle compañía quedándome a cenar, más tarde también empezamos a cocinar juntos. Me resultaba extraño cenar en total silencio. Aquellos gestos, que antes consideraba triviales, se convirtieron en un ritual contemplativo.

Con ella, todo destilaba espiritualidad y devoción, hasta el punto de que el tiempo pasado con ella se convirtió en una prolongación de la meditación.

La paz que me proporcionaba me hacía sentir tan bien que lamenté los años en que había renunciado a ella.

También me encantó la forma en que decoró su nueva casa, que aunque pequeña, con sólo dos habitaciones, había conseguido transformar en un espacio sagrado.

En el rincón donde pintaba colgaba el tanka de las tres verdades, una pequeña bandeja con una lámpara y otros objetos devocionales. La mesita tenía delante un gran cojín con el paño de meditación tendido sobre él.

Ahora, cuando entraba en su casa, tenía la impresión de violar el espacio de su misteriosa interioridad. A menudo la encontraba meditando con las manos en posturas desconocidas para mí. Eran los mudras secretos del Tanshui, que ella tenía que estudiar y practicar junto con ciertos ejercicios físicos.

La práctica del cuerpo, también necesitaba olvidar la mala época pasada, en la que se había visto obligada a permanecer sentada durante días enteros, para recibir a los devotos. No podía ni imaginar el dolor y el sacrificio que estaba haciendo ahora, para estirarse y acostumbrarse de nuevo al movimiento. Trabajaba mucho y debo admitir que sus esfuerzos se veían recompensados por el aprecio de la gente y de los monjes, que la querían mucho.

Pasaron los meses, nuestra amistad se convirtió en un entendimiento cada vez más íntimo y cómplice. Una mirada nos bastaba para entendernos, para ir más allá de la mente y llegar al corazón. A veces la acompañaba a visitar a personas que no se encontraban bien. Ella sólo necesitaba acercarse lo suficiente para escuchar lo que necesitaban.

Alzaba una mano, dibujaba el Tanshui en el aire enviando energía curativa, luego sus manos agarraban y movían cosas invisibles, cosas que los humanos no

podíamos ver. Los que recibían sus cuidados sentían que se libraban de dolores y molestias, que, como hojas enfermas, caían y dejaban de chupar sangre vital. Todos nosotros nos aferramos a dolores, personas o situaciones que, aunque nos hacían sufrir, no podíamos desprendernos de ellos. Al cabo de los años, los incorporábamos hasta el punto de dejar de reconocerlos. Ella, en cambio, tenía la capacidad de distinguirlos y eliminarlos. Lalita nos liberó del mal, nos ayudó a liberarnos del karma de la repetición constante, a dar pasos evolutivos.

Mientras esperaba fuera, recordé a mi padre. Cuando era pequeña había construido un teatro de marionetas con dos muñecos de madera, uno que me representaba a mí y otro a mi querido perro. La movía y me decía: "¿Ves, Sonam? El títere hace lo que yo quiero, soy yo quien lo mueve y él se deja manipular'.

Un día representó una escena en la que la marioneta empezaba a golpear furiosamente al perro. Me puse a llorar. En ese momento me dijo: 'Si no quieres hacer cosas malas, tienes que ser tú quien entienda quién mueve tus hilos. Porque tú también eres una marioneta y un día tendrás que decidir a quién le das tus hilos. Recuerda que tienes dos opciones, puedes servir al mal o al bien. Tu mente tendrá que elegir a cuál de los dos

entregar los hilos de tu vida, pero no será fácil distinguir por las meras manos que te mueven quién está detrás. Tendrás que aprender a distinguir el bien del mal. El asunto no era sencillo, alguien movía nuestros hilos y sabía cómo hacerlo sin que nos diéramos cuenta. Los pensamientos de ambos fluían en nuestras mentes y era tal la confusión que teníamos que aprender a discernir. Además de las diversas técnicas, necesitábamos una persona evolucionada, alguien que ya hubiera dado el paso del despertar. Hubiera sido demasiado difícil darnos cuenta por nosotros mismos, sobre todo en presencia de un público que aplaudía, engañándonos pensando que esos aplausos iban dirigidos a nosotros; el titiritero ganaba dinero moviendo la marioneta, haciéndole hacer cualquier cosa para divertir a su público, por eso nos intimidaba o engañaba a través de su mente, para seguir manipulándonos y ganar dinero. El miedo nos impedía escapar y la ilusión de los aplausos nos hacía quedarnos. Era difícil darse cuenta de que nos estaban utilizando y liberarse del titiritero. Algunos caíamos bajo sus amenazas, otros superaban sus miedos e ilusiones y entregaban los hilos a su alma. El alma se los entregaría a Dios. Lo que comprendí fue que existe una felicidad fingida, una hipnosis, una sugestión en la que vive el hombre que, a través del

sonido de los aplausos, inconsciente de que van dirigidos a su perseguidor, se siente complacido.

El bien se alegra de saber que somos libres, tanto como el mal de saber que somos esclavos.

Todo es doble y lo que mueve nuestras emociones también lo es, el bien sufre al vernos aletargados y el mal al vernos despiertos. Tal vez hubo un juego en el que la mente y el alma lucharon entre sí desde el alba de los tiempos, y nosotros, para vivir felices, tuvimos que aprender a jugar con ambas.

## **Capítulo 10**

Pasó el tiempo y Lalita había aprendido todo lo necesario para completar su formación.

Ella había partido de un nivel de conciencia superior al nuestro y alcanzar la unión mística le habría resultado más fácil. Desde ese nivel, expresaría todo su potencial y donaría sus talentos en favor de quienes desearan emprender el viaje hacia la liberación.

Casi todo transcurría en silencio y quién mejor que ella para observar el principio de la transmisión silenciosa. Había pocas reglas, pero el silencio era una de ellas. Había que guardar silencio durante las prácticas, las pocas palabras que se intercambiaban en susurros en los espacios comunes no debían crear confusión; también había sonidos privilegiados, como campanas, gongs y cantos sagrados que tenían una finalidad elevada, mientras que la charla superflua estaba mal vista. Cuando uno entraba en aquel lugar sagrado se sumía en un silencio poético, el amor fluía como un torrente liberando el corazón y la mente.

Si estabas en paz, en conexión con el Cosmos, también se revelaba el sonido interior de nuestra alma. El sonido interior era muy importante, porque era el creador de los pensamientos, por eso cambiaba constantemente. Nuestra tarea era mantener la vibración del sonido lo más alta y limpia posible, para que el alma pudiera mover los hilos de nuestros pensamientos y pudiéramos actuar en consecuencia. Ella estaba conectada a la

Conciencia y dirigía nuestras vidas. Si esa comunicación se rompía, nos sentiríamos a merced de la confusión, las dudas y los miedos, y correríamos el riesgo de caer en las garras de algún titiritero oscuro.

La diferencia entre nuestra alma y la de Lalita era que la suya ya llevaba años haciendo su trabajo. Yo, en cambio, aún tenía varias resistencias, mi conexión con el alma no era exactamente lineal, yo diría más bien intermitente, como: hoy te dejo hacerlo, mañana tal vez, luego ya veremos. Seguía condicionada por los acontecimientos externos y por mis emociones, que últimamente luchaba por controlar. Pero había comprendido una cosa, que la guerra, la verdadera guerra que estaba a la vuelta de la esquina, era cosa de los titiriteros, no de los soldados títeres enviados aquí para hacernos daño. Ellos también eran víctimas como nosotros, que, creyendo actuar en nombre del derecho, no creían tener otra opción.

Hace mucho tiempo tuve un sueño, en el que en la oscuridad una mano muy grande me acariciaba. Yo era pequeña y estaba enferma, y aquella noche tuve mucho miedo.

La noche siguiente ocurrió lo mismo, la mano gigante vino de arriba y volvió a acariciarme, sólo que esta vez tuve menos miedo. La tercera noche incluso dejé de temblar y a la mañana siguiente le conté a mi padre lo



que había pasado. Sonam, esa mano te acariciaba, así que quería tu bien; si hubiera sido mala, te habría hecho daño. No bases tu juicio en las apariencias, recuerda que el miedo atrae la mano mala y la tranquilidad la buena. Si tienes miedo, céntrate y respira, o repite el mantra. Alcanza la tranquilidad rápidamente y allí te sentirás seguro. Si no puedes, recurre a Dios, pero nunca olvides preguntarle primero cómo está y esperar su respuesta. Si te llega una oleada de paz y amor, sabrás que Él ya te está ayudando; si no sientes nada, acude a Él y fúndete en su luz. El corazón y la mente de Dios trabajan en el espíritu incluso por la noche mientras duermes, Él es tu padre grande y yo soy el padre pequeño, ambos te protegemos, ambos cuidamos de ti, ayudándote a crecer".

En ese momento me dio una palmada en la cabeza y me dejó solo para que pensara.

Pensé en lo mucho que había echado de menos a mis padres. Para mí eran guías que sabían protegerme, explicarme las cosas y mostrarme el camino correcto. Esperaba que de alguna manera estuvieran cerca de mí incluso ahora, ahora que había decidido hablar con Anua Ananda sobre Lalita. Ya era hora de pedir su mano, la atracción que sentía por ella se había vuelto muy difícil de manejar, y ambos soñábamos con unirnos

como lo hacen un hombre y una mujer cuando se desean. Así pues, fui al monasterio a buscar a Anua Ananda. Lo encontré en las dependencias de los estudiantes, que ya casi estaba terminando. Esto me preocupaba, pues cuanto más avanzaban las obras, más se acercaba la fecha de su partida.

Le llamé, cuando se volvió noté una expresión serena en su rostro, de hecho parecía incluso más joven y activo que de costumbre, quizás estaba contento con el resultado del trabajo o quizás con sus estudios e inmediatamente me di cuenta de que era el momento adecuado para hacer mi petición. Me hizo una seña para que me acercara y avancé un poco tímidamente en su dirección. Temblaba por dentro, pero al mismo tiempo me esforzaba por enmascarar mis emociones. Tenía que parecer seria, educada y madura, de lo contrario se habría reído de mí y de mi torpeza. Él comprendió al instante el motivo de mi estado de ánimo y con una gran sonrisa me cogió de las manos y me dijo: "Omkitan Sonam, no te preocupes, ya he comprendido lo que quieres preguntarme, pero recuerda una cosa, que ella es especial y si te la confío es sólo porque has demostrado que la quieres de verdad. Ella es la semilla del árbol que un día dará sus frutos, si ella está de acuerdo y tú la respetas, no me opondré a vuestra unión.

Un día tendré que volver a casa y necesito saber que ella está a salvo. Prométeme que la respetarás, la ayudarás y nunca la dejarás sola".

No me resultó difícil hacer esas promesas, así que decidimos juntos que en poco tiempo organizaríamos nuestra boda.

Había llegado al segundo nivel de las fusiones, una vez alcanzado el final del camino, la apoyaría y la ayudaría a difundir la palabra. Podría enseñar, convirtiéndome en su voz. Ella curaría a las personas y las despertaría del sueño y del olvido, y ellas, a partir de entonces, desearían aprender Tanshui para romper ese muro que las mantenía separadas de su alma. Me comprometería a apoyarla en todo. Mi alma la había elegido a ella y a ella a mí, no había otra opción. Éramos como dos árboles que se habían fusionado para crear uno aún más grande y poderoso. Lleno de entusiasmo, corrí hacia Lalita para darle la buena noticia. La encontré frente al tanka y me senté a su lado. Quizá por casualidad, felicidad o concesión divina, sentí la misma conexión que ella y ese día yo también experimenté el secreto del éxtasis.

Una fuerza me atrajo hacia arriba, donde pude alcanzarla. Era un lugar lleno de luz y amor. Dos rayos de luz más potentes abrieron nuestros corazones y nuestras manos se unieron para formar un triángulo que

se autopropulsaba. Nos miramos a través de las manos como si fuera nuestro primer encuentro real, entonces vi que otro rayo creaba un gran círculo de luz y protección a nuestro alrededor. Nuestras almas se fundieron en una gran luz blanca. Fue una experiencia mística y poderosa, impregnada de un amor que nunca habíamos experimentado. Me di cuenta de que nuestras almas acababan de entregar los hilos a la verdadera Luz y ahora por fin podíamos caminar juntas. Ella se levantó y yo la seguí, me miró como nunca lo había hecho, me acarició la cara, cerró los ojos y yo la besé en la boca. Descorrió las cortinas y cerró las dos puertas, la de fuera y la del monasterio. Se acercó a la chimenea y encendió una lámpara y mientras permanecía inmóvil, dándome la espalda, deslizó su túnica hasta el suelo. Me quedé paralizado ante aquel gesto inesperado y su belleza; me acerqué a ella, le tiré del pelo y le besé el cuello, luego le acaricié los hombros, la abracé por detrás y con la cara sumergida en su pelo la respiré. Mientras continuaba besándola, apreté fuertemente sus caderas, subiendo encontré sus pechos, que voluptuosamente se ofrecían a mis caricias. Cuando ella llevó hacia delante su cabello, que aún cubría en parte su espalda, me detuve. No podía creer lo que estaba viendo y me estremecí. ¿Qué eran todas aquellas marcas? ¿Cómo podía haber tantas

cicatrices en una espalda? Se dio la vuelta y me llevó el dedo índice a los labios y me dijo que mantuviera la calma y que no dijera nada, luego con los dos dedos índices me levantó la comisura de los labios. Deseaba no arruinar aquel momento por culpa de tormentos pasados; la estreché contra mí y cuando nos besamos, la pasión se apoderó de nosotros.

Nos amamos allí, sobre su bata rojo bermellón de la tela que yo le había regalado. Nos amamos con intensidad y pasión, sentí el deseo casi furioso de querer borrar con mi amor el dolor de los dos y la agonía por la que ella había pasado. Me deje guiar por mi cuerpo siguiendo solo el instinto y el deseo de ser solo suyo. Nuestros cuerpos se exploraban, nuestras manos se buscaban todo el tiempo, al igual que nuestras bocas. No podía apartar mi mirada de la suya. Ella se zambulló en mis ojos como un delfín feliz y gozoso que por fin podía nadar en mar abierto y yo me había convertido en su mar.

Esto era lo que quería ser para ella, un océano de amor y caricias surcado por olas de pasión para hacerla alcanzar el éxtasis terrenal.

Oí que me llamaban por mi nombre y oí que resonaba por toda la habitación, imaginé que era su voz.

Lalita, pensé, Lalita mi amor, mi pequeña indefensa,

ahora estás a salvo, estás a salvo conmigo.

Nos tumbamos el uno junto al otro cogidos de la mano; apretamos tanto las manos que casi nos dolía, tal era el miedo a perdersnos el uno al otro.

Cuando me puse boca abajo, empezó a dibujarme la espalda con un dedo, su pelo rozaba mi piel. Con cada gesto, fuertes escalofríos recorrían mi cuerpo, sentía frescor o calor, por esas sensaciones particulares comprendí que estaba dibujando a Tanshui y la dejé hacer. Luego la oí escribir su nombre La..li..ta y después mi So..nam y algo más que no entendí. Me habría quedado allí todo el día y toda la noche, pero por desgracia tenía que vestirme y salir; había dejado el rebaño con el chico que me ayudaba últimamente y no quería que se preocupara por mi retraso. Volvería para la meditación y hablaría con Sharma, el monje regente, para fijar la fecha de nuestra boda. Mientras bajaba a casa saltando de alegría, pensé en la cara de mi tía cuando se lo anuncié. Ella aún no sabía nada definitivo, aunque hacía tiempo que circulaban rumores sobre nuestra especial amistad. Temía que no aprobara mi unión, pero quizá al verme tan feliz lo entendería. Por la noche, cuando regresé al monasterio, volví a verla; Lalita estaba hermosa y radiante, toda vestida de azul, con el pelo más brillante que nunca y perfumado con

flores de jazmín. Ella hizo el arathi de apertura y aquel día el canto parecía más hermoso que de costumbre. La armonía que había alcanzado mi corazón era realmente maravillosa. Temía que alguien se fijara en nosotras, en lo felices, radiantes y cómplices que estábamos, y revelara la transgresión que acabábamos de cometer. Al terminar la meditación, corrí tras el monje Sharma para pedirle que nos casara cuanto antes. Le detuve justo antes de que se retirara a sus aposentos, cuando me vio sonrió. Me acerqué a él, se quedó mirándome en silencio durante un momento, un momento que me pareció interminable. Inmediatamente después, me comunicó que Ananda ya le había informado de la boda y que organizaría nuestra ceremonia en unos días. Me sentí aliviado por aquella respuesta, que significaba que los monjes también estaban dispuestos a dejar marchar a Lalita.

## Capítulo XI

A la mañana siguiente fui a ver al carpintero para encargarle un mueble. El grandullón, como le llamábamos todos, era un hombre fuerte y corpulento, de barba desaliñada y manos grandes y enrojecidas por

el duro trabajo. Desde que mis padres habían desaparecido, tenía que proveerme de todo lo necesario para mi subsistencia, pero ahora necesitaba un gran baúl donde meter las cosas de los dos, y era incapaz de construir uno con refuerzos. El carpintero también fabricaba pequeños objetos que donaba a los monjes, como cuencos, portaincienso, marcos y estatuas talladas. Él y su mujer eran muy devotos y, evidentemente, al verme a menudo con Lalita hacía tiempo que habían adivinado mis intenciones hacia él. Además, su hija Kamini, amiga de Lalita, sabía que la naturaleza de nuestra relación iba más allá de la mera amistad y yo estaba seguro de que él lo había mencionado en la casa. Aceptó encantado mi encargo y, sin hablar mucho, me felicitó por mi unión y mi vida futura.

Al anochecer fui, antes de la meditación, a ver a Lalita para decirle que el feliz acontecimiento tendría lugar pronto, le llevé flores y queso. Me saludó algo agitada y me llevó de la mano por la puerta que comunicaba con el monasterio hasta el monje Sharma. Nos estaba esperando. Nos acompañó a la sala de activación y, tras sentarnos uno al lado del otro, realizó un breve ritual. Me hizo cerrar los ojos y puso su mano sobre mi cabeza, luego dijo: "Omkitan querido hermano, sabes que el



espíritu de Lalita sirve a una causa importante, como sabes que solo nosotros los monjes podemos dar las bendiciones de Tanshui. Pues también para la mano de Lalita es tan sagrada como lo es para nosotros, ella es un alma elegida y será para la Fuente un regalo y un sacrificio.

Entonces se volvió hacia Lalita y le dijo: 'Omkitan Lalita, has renacido en este lugar sagrado como una hija de la Luz que fue arrancada de la oscuridad, ahora eres una chispa de su llama divina.

Cuando terminó el ritual, el monje Sharma marcó nuestras frentes con dos tanki diferentes, nos dijo que nos los aprendiéramos bien y nos marcáramos estos bindu mutuamente todos los días para proteger nuestra unión. Luego la envió a ella a la sala de regeneración y a mí a la sala de purificación y nos aconsejó que después del tratamiento nos fuéramos directamente a casa a descansar.

Nos encomendó la tarea de repetir asiduamente el mantra durante diez días y nos casaría el undécimo.

Ambos agradecimos al monje Sharma su bendición y caminamos juntos hacia las salas de curación. En la mía, vi en la penumbra a otras dos o tres almas que esperaban la gracia y la verdadera entrega.

Las cortinas que separaban el espacio entre hombres y

mujeres también estaban decoradas con el lenguaje sagrado y creaban juegos de luces en las paredes, movidas por las llamas de los faroles. De las dos salas, la mía era la de la terapia fría, donde dominaban los colores del cielo y del mar. Como la lluvia que cae sobre las aguas de un lago tranquilo, la energía sutil y suave de Tanshui arrastraba todo lo que ensuciaba y pesaba. Lastres innecesarios para el cuerpo y la mente, que acababan por hundirse.

La habitación de Lalita, en cambio, estaba pintada en tonos rojos y, como una tranquila puesta de sol, te inducía a relajarte y dejarte llevar, mientras tu mente y tu cuerpo se calentaban con un cálido abrazo.

Ya estuvieras cansado o agotado, o tenso y preocupado, Tanshui siempre trabajaba las dos polaridades, las que ayudaban a mantener los opuestos en equilibrio y te hacían vivir más sereno y realizado.

El tiempo de la sesión no era largo y por eso entrábamos por turnos al son de los címbalos. Sabías que la sentada había terminado cuando el monje hacía sonar los címbalos tres veces para avisarnos de que teníamos que levantarnos y salir de la sala. Al final de mi sentada salí a esperar a Govinda, y sí, me equivoqué y la llamé Govinda, y dos veces. No sé qué me pasó y por qué desafortunada coincidencia pronuncié ese nombre, pero

por desgracia ella, al leer mis labios, lo entendió.

Se detuvo de repente, entornó los ojos y empezó a retroceder, asintiendo con la cabeza. Intenté acercarme, pero ella me empujó. Y mientras el miedo y el temblor se apoderaban de su cuerpo, vi aparecer en su rostro la palabra traidor. Creo que estaba a punto de sentirse mal, cuando se agachó en el suelo y rompió a llorar; hice todo lo que pude para explicarle que yo no tenía ninguna relación con aquella fea historia, que era Anua Ananda quien me había revelado su secreto para protegerla. Salió corriendo y la dejé marchar. No quise presionarla más y no fui a buscarla. Sólo necesitaba calmarse y comprender la situación.

Durante todo el camino de vuelta a casa me llamé a mí mismo estúpido, pero ¿cómo había podido arruinar un momento tan hermoso? ¿Cómo pude asustarla así, traicionando la confianza que tenía en mí? Ahora ella sabía que yo también lo sabía. Tenía que superarlo y esperar que perdonara mi silencio. Tenía que explicarle las cosas con calma y prometerle que a partir de ahora sería completamente sincero con ella.

¿De qué otra forma podría seguir confiando en mí?

Al día siguiente, cuando regresé del pasto, me lavé y fui directamente a ver a Lalita. La encontré sentada en la veranda repitiendo el mantra con la ayuda de su mala;

no pasó mucho tiempo desde mi llegada cuando levantó el brazo y me hizo un gesto para que me uniera a ella. Me senté a su lado, le cogí las manos y se las besé; me miró con lágrimas en los ojos, de un modo tan triste y angustiado que no pude evitar echarme a llorar.

Ya la había hecho sufrir, incluso antes de pronunciar nuestros votos. Le pedí disculpas y le juré que a partir de ahora se lo contaría todo, sobre todo las cosas que le preocupaban.

Entramos en la casa, la abracé con fuerza y la besé. Sentí su resistencia y di un paso atrás, aunque el calor de su cuerpo había vuelto a despertar en mí el ardor que sentía siempre que estaba cerca de ella. La deseaba tanto y me amargaba ver que, después de la complicidad y la pasión que habían estallado entre nosotros la noche anterior, se sentía tan distante de mí.

También ese día tenía una cita con el monje Anshu para aprender meditación, el primero de los cuatro pasos para aprender la práctica del Tanshui. Era algo que había dejado aparcado durante demasiado tiempo. Para apoyar a Lalita tendría que ser autónomo en la práctica y la enseñanza. Viviríamos en el lugar indicado por el monje regente y seríamos felices juntos. Por eso ya había empezado a vender las ovejas al chico que me ayudaba y que pronto se casaría; además, sabiendo que

iba a vivir junto a Lalita, vendí la casa a su padre. Hice todo lo posible por tener una buena cantidad de dinero para empezar nuestra vida juntos. Llevaba dos meses planeando nuestro futuro, soñando con abandonar aquel lugar, donde no sólo me sentía constantemente en peligro, sino que también tenía muchos malos recuerdos.

Así que ese día por fin pude experimentar la gracia de la meditación Tanshui y calmar mi mente demasiado agitada.

El monje Anshu, aunque tímido en apariencia, hablaba mucho y, cuando cerraba los ojos, se envolvía en una luz y una calma tan envolventes que parecían no proceder de este plano terrenal; su mera presencia te mostraba el camino a seguir sin demora ni engaño. Descubrí que en el reino de la luz interior vivían la alegría, la esperanza y el amor a la vida, que Tanshui no tenía secretos para los que anhelaban avanzar en el camino espiritual, mientras que los ocultaba a los que no estaban preparados. Todo podía aceptarse, incluso la ofensa más insidiosa, pero compartir el aprendizaje de Tanshui con quienes no lo merecían, eso no estaba permitido. Una vez identificado ese tipo de actitud, uno quedaba exento de compartir plenamente la práctica del Tanshui.

Por ahora, sólo los monjes estudiantes podían difundir las prácticas, así que me sentí honrado de poder hacerlo yo mismo.

La enseñanza de la meditación me llevó tiempo hasta que aprendí todos los pasos, pero me sorprendió comprobar que mi mente volvía a estar en calma y clara como por arte de magia.

El monje Anshu me entregó los dibujos de los pasos que debía dar como profesor y me entregó el paño de meditación.

Le di las gracias y me despedí. Puse una ofrenda en la caja para que otros después de mí pudieran beneficiarse de esa práctica.

## **Capítulo 12**

Las obras del monasterio estaban muy avanzadas, aunque oí que Anua Ananda quería quedarse más tiempo para continuar su viaje con los monjes.

Esta petición seguramente le venía del alma, para que él también, como Lalita, abrazara su destino. Le había

visto cambiar tanto de modales como de actitud, de modo que ya no necesitaba vestirse como un noble para parecer un caballero, ahora su barba y su mirada brillante bastaban para comprender en quién se había convertido; le veía como uno de esos sabios, que han acumulado tanta experiencia, que han llegado a comprender los secretos más íntimos de la vida. Estaba destinado a la salvación de la negación ajena, a la apertura de las mentes embotadas y al despertar de las almas esclavizadas, pues ahora, además de sus conocimientos, tenía de su lado la bendición del lenguaje de la Luz.

Caminando hacia casa repetí el mantra con vehemencia. Sentí que funcionaba y desataba los nudos que aún tenía, lo percibí capaz de realizar maravillas desconocidas para nosotros los seres humanos.

Se acercaba el día de nuestra partida. Me zambullía en el mar sin saber nadar, pero sabía que me salvaría la mano de la Conciencia Cósmica que quién sabe cuántas veces ya me había acariciado. Ella salvaría a los que quisieran ser salvados y dejaría marchar a los que no quisieran.

Contando los días que faltaban para mi boda con Lalita, mi tía, que al principio se mostró reacia a esta unión, se dio cuenta de que yo era tan feliz que ni siquiera intentó hacerme cambiar de opinión. Ella misma se ocupó con

entusiasmo de nuestra ropa para la ceremonia y empezó a ver a Lalita como a una hija. Faltaban sólo tres días para el feliz acontecimiento. Durante ese tiempo, Lalita y yo habíamos salido a menudo solas, contraviniendo las normas del compromiso.

A menudo nos perseguíamos por el río jugando con el agua o descansando en los campos, caminando de la mano sonriendo a la gente asombrada que se encontraba con nosotros. Dos días antes de la boda, fui a recoger a Lalita con una cesta llena de provisiones y con la intención de dar un paseo por las montañas. Cuando la vi, me sorprendió su extraño atuendo. Llevaba unos extraños zapatos y un largo poncho naranja que ella misma había confeccionado. Pensé que se lo había puesto por el frescor del final del verano o para estar más cómoda para montar en el burro. A Lalita no le gustó nada mi sorpresa, hasta el punto de que me hizo un gesto, algo irritada, de que no quería ir a las montañas.

Tuve la impresión de que ella ya sabía adónde ir, así que la acompañé. Dejamos los burros en casa y continuamos a pie por el claro hasta entrar en el bosque. La seguí, segura de su paso, de pie detrás de ella para no estorbarle. De repente, Lalita se detuvo, cogió un palo del suelo y empezó a mover las hojas como si buscara



algo. Pensé que le daban miedo las serpientes, pero en esta zona no había ninguna venenosa, pero quizá ella aún no lo sabía. Lalita siguió caminando mucho rato sin volverse siquiera, parecía conmovida por algo ajeno a su comportamiento habitual. No me cogió de la mano, no me sonrió, siguió su camino impasible. De repente, al llegar al pie de un gran árbol, se detuvo, se arrodilló y rompió a llorar; recogió un poco de barro del suelo y empezó a frotarse las manos y luego la cara; después, sin importarle mi presencia, dejó caer su poncho al suelo, quedando completamente desnuda. En ese momento, sus manos recogieron más y más barro, y con cierto frenesí comenzó a esparcirlo por todo su cuerpo. Con una ramita frondosa se ciñó la cabeza y estiró aún más el poncho, convirtiéndolo en una gran manta. Me hizo un gesto para que me desnudara y me tumbara en medio de ella.

Aunque algo desconcertado, no lo dudé; en cuanto me acerqué, vi con sorpresa que el poncho había sido pintado por dentro. Había un gran cuadrado que contenía un círculo y un triángulo. Encima dos óvalos unidos, debajo del cuadrado una línea horizontal y debajo dos pequeñas líneas verticales a igual distancia. Sin hacerle preguntas me tumbé en aquella cama improvisada. Ella cogió el palo con la mano y

frotándolo contra el suelo dibujó algo, luego tiró el palo y con una mirada que yo no había visto nunca, saltó literalmente encima de mí. Se sentó a horcajadas sobre mi cuerpo y empezó a acariciarme y besarme hasta que, envueltos en un abrazo invisible, nos convertimos en un solo cuerpo. Creo que perdí el sentido, porque tuve la impresión de encontrarme en otro espacio, donde el palpitar de nuestros corazones resonaba como un tambor en mi cabeza; ya no percibía la frontera entre mi cuerpo y el suyo, nos habíamos convertido en una raíz de aquel gran árbol que nos nutría a oleadas con su savia.

Cuando la energía de la naturaleza completó nuestro ritual, un aroma a sándalo se liberó en el aire y un soplo de viento cubrió nuestros cuerpos de hojas.

Por extraña y tribal que hubiera sido aquella experiencia, sentí que había sellado nuestra unión en algo sagrado y trascendente.

Cuando me levanté y la vi temblando, cogí una manta de mi bolso y la envolví, con agua le lavé la cara. Me limpié y me vestí. Había traído un vestido de repuesto y, tras frotarle rápidamente la piel, se lo puse. El barro, sin embargo, ya estaba seco; cuando llegara a mi casa, le daría agua para que se lavara y se pusiera presentable. Nunca supe qué pasó aquel día en el bosque, quizá la

madre naturaleza también quiso apoyarnos.

Caminamos en silencio, cogidos de la mano, conscientes de que formábamos parte de un ritual deseado por la propia tierra. Sólo después de mucho tiempo comprendí la verdadera razón.

Aún faltaba un poco para el día en que mi corazón se consagraría a su amor. Ni siquiera podía creer cómo un ser enviado del cielo podía haberme elegido a mí, un humilde pastor, que aún inconsciente de su inmensa fortuna, había aceptado una bendición tan grande. Tenía miedo.

A veces el miedo nos induce a huir ante la tarea que nuestra alma ha elegido para sí porque nos parece extraña, de poca importancia o demasiado gravosa para nosotros. Creemos que no somos capaces de llevarla a cabo, que no merecemos tal destino o responsabilidad, pero la Conciencia Cósmica, actuando a través del alma, abre una abertura en nuestro corazón para que podamos aceptarla.

Esperaba estar preparado para lo que Lalita y yo tendríamos que realizar juntos; sabía bien lo que hacía Lalita cuando dibujaba con sus dedos sobre mi cuerpo, o cuando me sonreía y con su mano levantada marcaba el aire que nos dividía: "me cuidaba, me ayudaba a evolucionar y a caminar, a sentirme orgulloso de mí

mismo, lleno de mí mismo, para que no dependiera de su amor, sino del amor que llenaba nuestras vidas".

Con la primera fusión había aprendido a generar amor, a convertirlo en un flujo constante en mi vida, a veces yo también me encontraba como los monjes, con esa media sonrisa en la cara.

No era una sonrisa real, sino una expresión que tomaba forma por sí sola cuando tus sentidos se impregnaban del éxtasis divino.

El placer que se extiende por el cuerpo no se parece a nada, ni siquiera al opio que reduce a las personas a larvas; el cuerpo también tenía que acostumbrarse poco a poco para poder vivir con él. No dejarse llevar era impedir que la dicha aumentara y se extendiera por todas partes en nosotros; aislarse era renunciar a la verdadera felicidad. El monje sonreía cuando llegaba la dicha, porque estaba impregnado del amor de Dios, mientras que la gente, ignorante de su estado privilegiado, tal vez lo juzgaba extravagante.

Mi verdadero camino acababa de comenzar, la elección estaba hecha, pronto dejaría mi antigua vida por un futuro aún por escribir. Hoy el monje Sharma nos informaría del lugar donde viviríamos, así que empecé a preparar el baúl que había recogido mientras tanto. Cargaría lo necesario en el carro tirado por los dos

burros. Por desgracia, uno de mis dos perros acababa de abandonarme, pero el otro venía con nosotros. Decidí no traer más animales porque habrían ralentizado nuestro viaje, así que di los últimos a quienes sabía que lo necesitaban. Ahora que tenía suficiente dinero, no estaba preocupado, sabía que juntos lo lograríamos. Al caer la noche, a mi regreso del servicio, oí sonar tres veces el olifante. Esto significaba un ataque inminente, que el invasor tenía como mucho un día de camino antes de llegar a nosotros. Volví corriendo con Lalita, le dije que me informaría de la situación, que si el ejército estaba muy cerca, tendríamos que huir al amanecer. Ella comprendió la situación y corrió a avisar a los monjes. Volví a casa, cogí una linterna y bajé al pueblo.

La gente reunida gritaba y se desesperaba, los vigías habían divisado un gran número de soldados avanzando por el río. Extrañamente, venían del sur. Era el fin. Probablemente los enemigos se habían unido, aunque de facciones diferentes querían dividir nuestra región. Tenían caballos y carros para frenarlos, pero esta vez habían venido para quedarse y hacer sus exigencias. Sin duda se habían puesto de acuerdo con los hijos del gobernante que acababa de morir, de lo contrario los habrían detenido.

Esa misma noche supe que nos habían vendido, que se

había establecido una nueva frontera sobre el papel, sin tener en cuenta que en ese papel vivía gente, trabajaban y tenían familias; estaban sacrificando a seres humanos por vil dinero.

Esta vez ya no se trataba de incursiones, sino de una invasión real y con la aprobación de los nuevos gobernantes. Sabía que esta vez sería el fin de nuestra cultura, de nuestras tradiciones y quizá incluso de nuestras vidas.

Por lo general, los que se sometían al enemigo vivían, pero los que se rebelaban eran encarcelados o ejecutados.

Con los conquistadores llegaron nuevas costumbres, nuevas tradiciones, nuevas religiones y nosotros acabaríamos siendo sus esclavos.

Volví a casa desgarrado por esta noticia, que aunque llevaba tiempo circulando, no quería aceptar. Me negaba a creer que se vendiera una parte de nuestra maravillosa tierra. Era una traición descarada, un abuso infame, una decisión inmoral e injusta que recaería sobre todos nosotros. Los que gobiernan rara vez actúan a favor de sus súbditos, porque no se guían por su alma, ni saben que pueden hacerlo. La riqueza representa la grandeza y el poder, el poder surgió de las guerras y la pobreza, y se mantuvo gracias a la ignorancia y el sometimiento del

pueblo.

Ninguno de los gobernantes quería tu bien, y te viste obligado a salvarte de los estragos causados por tan miserables fanfarrones. De pronto llegó un hombre para decirnos que junto con aquel ejército iban miles de civiles. Fue un éxodo en toda regla, y no nos quedó otra solución que huir. Lo cierto era que así muchos de ellos avanzarían muy lentamente y esto nos daría quizás dos días de ventaja sobre ellos. Volví a casa y recogí las últimas cosas, al amanecer iría a recoger a Lalita y una vez cargados los burros nos dirigiríamos al lugar elegido. La luna llena de aquella noche iluminaba el valle como un pequeño sol que deseaba guiar a la gente en su huida a través del bosque. Mi tía se habría ido al sur con sus hijos, uniéndose a otras familias, otras al este, pero ninguno de los aldeanos, aunque con inmenso dolor, deseaba quedarse y sucumbir.

Esta vez encontrarían dos pueblos fantasma. Toda alegría, plan, esperanza o sacrificio pronto se convertiría en un simple recuerdo.

Al amanecer me preparé física y moralmente para ir a buscar a Lalita. Entre tanto dolor, llanto y desesperación, un rayo de luz empezó a abrirse paso en mi corazón.

Bajé del carro y atravesé la verja, que ya encontré abierta,

y fui directamente a llamar a la puerta de Lalita. Sabía que no me oiría, pero a veces sentía las vibraciones, así que seguí llamando; la puerta no se abrió. Miré por los huecos de las cortinas y la casa parecía vacía. Esperé en el porche, con la esperanza de que hubiera ido a despedirse de los monjes y volviera pronto. Empecé a inquietarme y me dirigí al monasterio. Una vez ante la puerta cerrada de la casa de los monjes, llamé. Nadie abrió. Llamé con los dos puños y golpeé la puerta con tanta fuerza que me dolía. ¿Por qué no venía nadie a abrirme? No lo entendía.

¿Qué estaba ocurriendo? Finalmente, el monje Soma abrió la puerta; mantenía la cabeza gacha y los brazos entrelazados sobre el abdomen, y en voz baja me dijo que Anua Ananda y los monjes Sharma, Anshu y Muni habían escapado aquella noche llevando el libro de la sabiduría, los paños y a Lalita a un lugar seguro. Ella era la elegida y había que ponerla a salvo inmediatamente. Los alumnos también se habían marchado e incluso la estatua de la madrecita había desaparecido, quedaban él y el monje Mandit que llegarían al monasterio de China. ¿Cómo podían haberme hecho esto? Se habían marchado sin decirme nada, sabiendo que nos casaríamos al día siguiente. Me eché a llorar. Entonces me armé de valor, me sequé las lágrimas y pregunté



adónde iban y cómo podía llegar hasta ellos. El monje Soma respondió que tomarían el camino del este, pero que no tenían un destino concreto, Sharma aún no lo había dicho, no quería que la oscuridad leyera sus mentes y sólo lo revelaría por el camino. Dijo que lo sentía mucho por mí, me aconsejó que partiera inmediatamente y que preguntara por el camino si alguien les había visto.

Me entristeció y enfureció esta invasión inesperada, pues todos esperábamos alcanzar la paz y la libertad de culto con el hijo mayor del rey; por desgracia, fue asesinado por los otros dos hermanos, que desbarataron sus planes. Eran dos locos megalómanos que, si no lo habían hecho ya, prenderían fuego al monasterio y a todos los templos que no comulgaran con el culto del nuevo pueblo. ¿Por qué ese hombre era tan malvado? ¿Por qué?

Imaginé que la devastación avanzaba lentamente y la visión, agravada por la terrible noticia de la partida de Lalita, me rompió el corazón; las lágrimas brotaron copiosamente.

Me di cuenta de que ya no había tiempo para llorar o desesperarme, tenía que reaccionar y de inmediato. Así que me apresuré a coger el carro y me dirigí hacia el río. Decidí tomar el camino más corto hasta el lugar donde

las carreteras principales se dividían en tres direcciones. Iría hacia el este y, si era necesario, la buscaría hasta el fin de mis días. Había amado a Lalita como se ama una vez en la vida y estaba seguro de que ella, como hacen los seres divinos, me llamaría a su lado.

Sólo tenía que reconocer las señales que podían llevarme hasta ella.

La llama que nos había unido se había dividido, pero sólo momentáneamente, ella seguía respirando dentro de mí, aunque ahora mi pecho estaba devastado por el dolor, me dolía tanto que prefería morir antes que sufrir. La oscuridad no nos había separado, quizás lo había intentado, pero aún no había vencido.

Ahora lo más importante era que Lalita, Anua Ananda, los monjes y los Tanshui estaban a salvo, y como yo también lo estaba, la esperanza seguía ardiendo.

Definitivamente había un designio desconocido para mí en todo esto y aunque ahora me pareciera absurdo, sé que mi alma lo sabía y por eso tenía que confiar en ella.





## Glosario

**Arathi** - Es un ritual devocional, una práctica que utiliza el fuego como ofrenda. Se mueve una bandeja normalmente con cinco mechas, empapadas en mantequilla clarificada o alcanfor y otros objetos, como ceniza sagrada, hojas de tulasi, en el sentido de las agujas del reloj alrededor de la efigie de polvo de kumдум, flores. El gesto de la ofrenda de fuego se acompaña de cantos, mantras entonados y ejecutados en alabanza de la deidad.

**Bindu (Bindi)** - Es un término sánscrito que significa punto. También es un pequeño ornamento devocional que se coloca en la frente.

**Chakra** - Literalmente significa "rueda" o *vórtice* en sánscrito. Es un término utilizado en la filosofía india que considera los chakras como válvulas de energía conectadas a las glándulas endocrinas que enlazan el cuerpo físico con el mundo exterior.

**Los platillos** son un instrumento musical formado por un par de pequeños platillos metálicos que se sujetan con los dedos.

**Gurú** - Término sánscrito que identifica a un maestro o preceptor. Proviene de las raíces *gu* 'oscuridad' y *ru* 'desvanecer', adquiriendo así el significado de '*Aquel que disipa la oscuridad*'.

**Mala** - El significado literal de la palabra es círculo. Puede ser una corona o un rosario indio, compuesto por un número preciso de semillas (108) y fabricado con materiales naturales. Similar a las cuentas del rosario occidental, se utiliza como instrumento para la repetición de un mantra o para la práctica de otras formas de ejercicios espirituales.

**Mantra** - Término derivado de la combinación de las dos palabras sánscritas *manas* (mente) y *trayati* (liberar). Así pues, el mantra puede considerarse un sonido que puede liberar la mente de los pensamientos.

**Mudrā** - Literalmente: 'sello'. Es un gesto que se utiliza para obtener beneficios a nivel físico-energético.

**Pūjā** - Es un término que indica genéricamente un acto de culto hacia una forma particular de Deidad, que puede expresarse en una ofrenda, culto, ceremonia o ritual.

El autor declina toda responsabilidad  
por el uso indebido del contenido de este texto  
sobre la que posee todos los derechos.

Página web: [www.tan-shui.com](http://www.tan-shui.com)